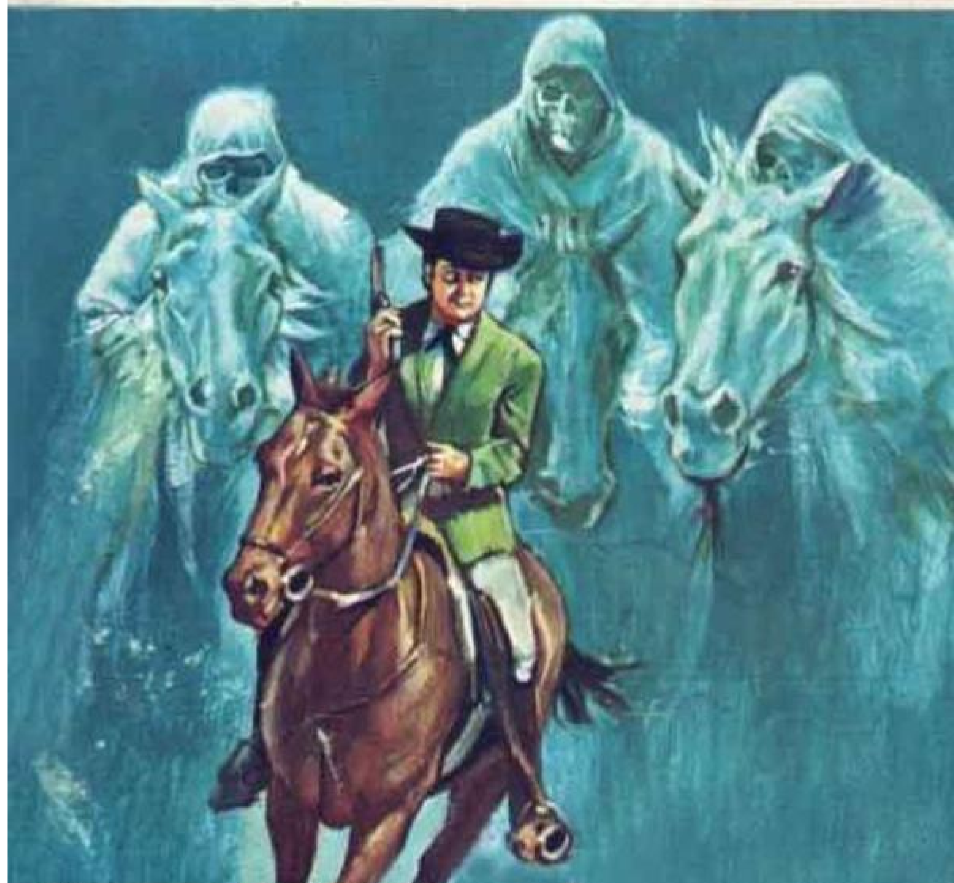
BOLSILIBROS BRUGUERA

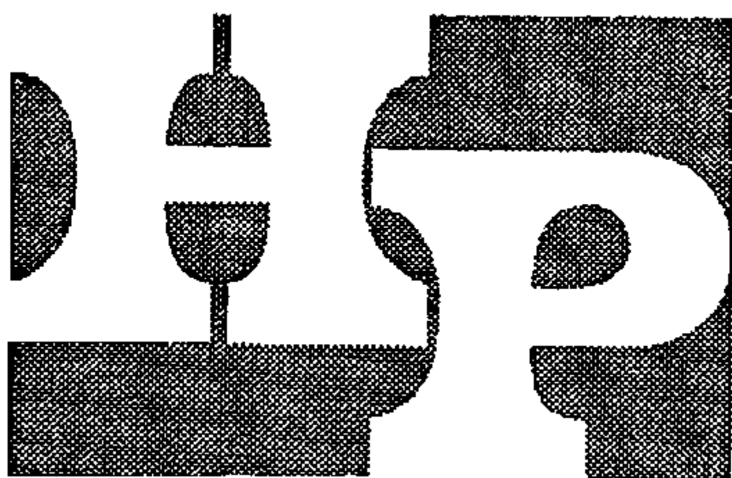
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

FANTASMAS EN LA LLANURA







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

FANTASMAS EN LA LLANURA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 225
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 5847-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: abril, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres cadáveres estaban juntos, como si los hubiesen atado, y la cara de cada uno estaba casi pegada a la de los otros. Aunque habían venido envueltos en una tela embreada, en el techo de la diligencia, sobre sus facciones ya grises se había depositado el polvo del camino.

El mayoral arrugó el ceño al verlos.

—¡Eh, *sheriff*! —pidió—. ¡Aparte a los curiosos!

La llegada de la diligencia siempre era motivo de curiosidad y expectación en la vida de Grants Pass, cerca del río Rogue, pero en aquella ocasión mucho más, porque se sabía ya que era portadora de tres cadáveres.

El *sheriff* llegó con sus dos ayudantes y empezó a hacer circular a empujones a los curiosos que se habían estacionado frente a la casa de postas para presenciar la descarga del vehículo.

—¡Vamos, amigos, a casa! ¡Aquí no hay nada que ver! ¿Es que es la primera vez que a este poblacho llega la diligencia?

Los hombres no tuvieron más remedio que alejarse, refunfuñando, pero algunas mujeres se quedaron porque a las mujeres, el *sheriff* no se atrevía a empujarlas.

Los tres cadáveres fueron descargados y depositados sobre el suelo de tablas, aunque cubiertos por la lona.

—¿No se los lleva, *sheriff*? —preguntó el mayoral.

—Batoken, ese granuja de la funeraria, ya debería estar aquí —dijo el representante de la Ley—. Quedamos en que no estarían ni dos minutos a la vista del público. ¡Esto es un escándalo!

Desde el interior de la diligencia, uno de los viajeros golpeó tímidamente en el cristal de la ventanilla.

—¿Podemos bajar?

—Espere —dijo el *sheriff*—. Hemos tenido que bajar primero los cadáveres porque si no, no hubiéramos podido sacar los equipajes, pero les ruego que tengan un poco de paciencia. No pueden ustedes apearse hasta que los muertos hayan sido desalojados de aquí.

—¿Por qué? No vamos a pisarlos…

—Hay que evitar cualquier clase de aglomeración, amigo. Aguarde.

El tipo que había hablado se encogió de hombros y se dedicó a mirar la chica que tenía enfrente y la forma de sus rodillas insinuadas bajo el vestido de delgada tela.

El otro hombre —tercer y último pasajero de la diligencia— siguió con los ojos fijos en el horizonte como si no hubiera visto nada ni se hubiese enterado de nada.

Por la calle llegó corriendo Batoken, el dueño de la funeraria.

Era un tipo gordo y reluciente como un cerdo, con cara eternamente satisfecha. Más que para vestir muertos hubiera servido, desde luego, para anunciar salchichas.

No obstante, el hombre, por aquello de que los clientes no dijesen, iba escrupulosamente vestido de negro.

Se detuvo ante el *sheriff* y farfulló:

—¿Son esos?

—Sí, esos, animal… ¿Dónde cuerno estabas?

—Echando un trago con la bailarina del «Paradise», *sheriff*. No creí que la diligencia llegara tan pronto.

—¿Y qué tienes tú que decirle a la primera bailarina del «Paradise», pedazo de jamón?

—¡Oh, nada malo, *sheriff*! Estábamos hablando de entierros. ¡Eso es! Con mucho cuidado, le iba tomando las medidas para cuando se muriera.

El representante de la autoridad en Grants Pass hizo un gesto brusco y tuvo que contenerse para no descargar un puntapié en las posaderas del dueño de la funeraria.

—¡Sabes que esa muchacha va a casarse conmigo, imbécil! ¡Anda! ¡Llévate a los fiambres y organiza un entierro de primera! ¡La ciudad corre con todos los gastos!

Batoken hizo una seña a un tipo que guiaba un carretón, el cual había venido corriendo tras él.

—Vamos, hijo. Ayúdame a cargar esto.

Entre los dos hombres, acomodaron rápidamente los tres cuerpos en el carretón. Batoken tenía agilidad y fuerza, aunque no lo parecía.

Entonces, el *sheriff* hizo una seña para que descendiesen los pasajeros de la diligencia.

Bajó en primer lugar la muchacha, que se subió un poco la falda para poner los pies en el suelo, levantando entre los espectadores un murmullo de admiración.

La chica hizo un mohín y entró directamente en la casa de postas, en cuyo piso superior había instalado un hotel donde ya tenía reservada habitación.

Luego descendió el tipo que había hablado antes, fijos aún los ojos en los contoneos de las caderas de la chica.

Por fin lo hizo el tercer pasajero.

Éste tendría unos veintiocho años, iba vestido de negro, con ropas de ciudad, y sus ojos grises parecían dos charcos de agua muerta.

A la derecha llevaba un revólver, colgando de un cinto donde brillaban los plomos sin estrenar.

El tipo que había descendido antes, preguntó al *sheriff*:

—¿Por qué llevábamos tres muertos en la baca de la diligencia? ¡Menuda broma!

—Eran tres hombres que debían ser enterrados aquí, y hubo que darse prisa porque el sol aprieta y los muertos molestan demasiado pronto. No ha habido más remedio que traerlos en la diligencia.

—¿Quiénes eran?

—Los tres hermanos Patrick, unos ricos herederos de la comarca. Los mató hace dos días la banda de Josuah Banders.

—¡Josuah Banders! ¿Pero anda ese tipo por aquí?

—Desde hace unas tres semanas. Y si tiene algo más que preguntar hable con el dueño del hotel, amigo. El es el charlatán profesional de Grants Pass. Apártese y deje bajar al otro.

El otro era el joven de unos veintiocho años, vestido de negro y con un revólver en el lado derecho.

—¿No baja? —preguntó el *sheriff*.

El recién llegado tenía los ojos perdidos al fondo de la calle, donde comenzaba una gran llanura que iba a extenderse hasta los primeros contornos del río Rogue. Sobre esa llanura donde

declinaba el sol, él creía ver flotar aún a los fantasmas.

Tres fantasmas.

Tres cuerpos sin forma, colgados en el espacio, convertidos en manchas blancas sobre la llanura. Tres fantasmas que iban detrás de él y que ya no le abandonarían nunca.

El *sheriff* repitió:

—¿No baja?

De pronto pareció fijarse mejor en el recién llegado y se dio un manotazo en la cadera izquierda.

—¡Oiga! Usted tiene que ser…

—Me llamo Barton.

—¡Claro, tuve que haberlo imaginado! Usted tenía que llegar de un momento a otro, era natural. ¡Cómo ha crecido, muchacho, y cuántos años llevaba sin venir por aquí! Todos nos alegramos de verle. O mejor dicho, de conocerle, porque aquí nadie le recordaba.

De pronto, la amplia sonrisa con que le había saludado se fue esfumando de su rostro.

—Por cierto, siento lo de su padre, muchacho —dijo—. Fue algo realmente inesperado.

—¿Se lo llevaron… como a esos?

Y señaló con el mentón la carreta en que Batoken se llevaba los tres cadáveres.

—Bueno, no así exactamente, pero… En fin, todos los muertos se parecen, muchacho. ¿A qué pensar?

—Claro —dijo Barton—. ¿A qué pensar?

—¿Va ahora al rancho?

—Sí.

—Tendrá que alquilar un caballo o un carruaje. No sé si lo recordará bien, pero aquello está a treinta millas.

—Lo recuerdo.

—Yo puedo acompañarle a la cuadra pública para que le faciliten lo que necesite. Si hubiera avisado estarían aquí un par de peones para recibirle. Porque ahora tiene usted el rancho mejor de la comarca, no crea… ¡Y alegre esa cara, diantre! Lo pasado, pasado está, y en realidad, ahora todos hemos de felicitarle.

—¿Felicitarme, por qué?

El *sheriff* lo miró de través.

—Vamos, no sea usted así… ¿Por qué empeñarse en estar triste

cuando uno ya no puede remediar las cosas? Ahora tiene una vida por delante, amigo. ¡Y qué vida! Cualquiera se pondría en su lugar. Un gran rancho, dinero, caballos de los mejores y tierra para hacerlos galopar… Y eso no es todo. No, no lo es, amigo… ¿Acaso no ha visto aún el bombón de mujer que le aguarda en el rancho para ser su esposa?

CAPÍTULO II

Igual que prisioneras las mujeres habían llegado dos meses antes, desembarcando después de un viaje infernal en el puerto de Gold Beach, en la desembocadura del río Rogue.

Gold Beach era un villorrio infecto oliendo a pescado podrido, a cuerdas embreadas y a hombres sucios. Las nubes bajas se aplastaban sobre las casas, y las olas se estrellaban contra el malecón tras el que estaban alineados los barcos pesqueros.

Más allá de aquel puerto estaban las llanuras de Oregón, la riqueza, la inmensa y poderosa Norteamérica.

Pero las mujeres habían contemplado aquel pedazo de costa con los ojos turbios y sintiendo algunas cómo en el fondo de éstos empezaban a quemar las lágrimas.

El capitán las hizo alinear en cubierta igual que si fueran ganado presto a desembarcar.

—Ya hemos llegado —dijo cuando las tuvo allí, mirándolas con insolencia—. Ya se ha terminado el viajar en la bodega igual que ratas, que es lo que al fin y al cabo sois. Ahora vais a desembarcar y seréis mujeres honradas, aunque no sé si esa palabra os dará risa o asco…

Las mujeres, muy insolentes cuando subieron al buque en Liverpool, en la vieja Inglaterra, estaban ahora demasiado abatidas para dignarse contestarle o alzar la voz.

No le miraban siquiera.

Habían atravesado el Atlántico en aquel cascarón de nuez, en aquel barco infecto lleno de ratas y de inmundicia. Del frió habían pasado a un calor abrasador en el Caribe, donde habían tenido que arrojar a los tiburones las dos primeras muertas. Como el canal de Panamá aún no existía, ni se soñaba en realizarlo, habían seguido

navegando siempre hacia el Sur, costeando, viendo de cerca lugares maravillosos, como Río de Janeiro, o lugares estremecedores, como la desembocadura del Amazonas. Luego no habían visto más que las costas desérticas de la pampa argentina, aquellas costas peladas que encogían el alma. Por fin, la terrible singladura del cabo de Hornos, y el laberinto rocoso de Punta Arenas. ¡Y al llegar a ese lugar no habían hecho apenas más que la mitad del viaje!

Una de ellas, una noruega de cabellos rubios que, no sabía cómo, había ido a parar a los tugurios más infectos de Inglaterra, se atrevió a mirar al capitán con ojos donde aún se leían el horror y el cansancio.

—Nos dijeron que íbamos a Australia —murmuró—, y esto no es Australia, sino Norteamérica.

—El Territorio de Oregón —puntualizó el capitán—. Los españoles ya llegaron hasta aquí hace trescientos años.

—¿Y por qué no hemos ido a Australia?

El capitán se encogió de hombros.

—¿Qué más da un sitio que otro? A vosotras se os expulsó de Inglaterra porque no sois más que unas puercas —recalcó cruelmente la palabra— que vivís del vicio y de la perdición de los hombres. Todas las mujerzuelas de la isla van a ser expulsadas, y vosotras tuvisteis suerte porque un grupo de imbéciles os pagó el viaje hasta Australia, con la condición de que al llegar allí os casaseis con ellos. ¡Los pobrecitos eran labradores, se sentían muy solos y necesitaban una mujer, aunque esa mujer hubiera pertenecido ya a siete mil hombres!

Los marineros que no estaban ocupados en la maniobra de atraque, rieron cruelmente. A los ojos de aquellas mujeres, las que aún no estaban del todo endurecidas, asomaron las lágrimas.

—Y si el viaje nos lo pagaron unos hombres de Australia, ¿por qué no hemos ido allí? —preguntó la misma.

—Por dos razones —explicó el capitán—. La primera, porque aquí tampoco hay mujeres, y los hombres de esta tierra necesitan sacarlas de donde sea. La segunda, porque antes de salir de Liverpool recibí otra oferta más interesante de varios ganaderos de Oregón, que ofrecían el mismo precio por traeros aquí ¡Y Oregón está mucho más cerca que Australia! Ya tenía ganas de quitarme de encima vuestra carroña y aquí pienso dejaros.

Todas ellas miraron la tierra triste, el pueblo pequeño y que parecía iba a ser tragado por las olas inmensas.

Una de ellas, una irlandesa muy joven, a la que su madre había lanzado a la peor vida a los catorce años, se puso a rezar.

Sus compañeras lloraban silenciosamente.

El capitán continuó, mientras mascaba y escupía una maloliente pastilla de tabaco:

—Tengo un contrato y, además, si no os dejara aquí, perdería todo mi negocio. Esto ya se estaba haciendo inaguantable cuando doblamos el cabo de Hornos y hubo que lanzar a los tiburones tres cadáveres más. En el barco puede desatarse la peste de un momento a otro, y prefiero dejaros en tierra para que os compongan vuestros maridos —lanzó una carcajada—. Ha sido un hermoso viaje, después de todo. Desde el final de la Pampa costeando, todo Chile y Centroamérica, hasta llegar a San Francisco. Con gusto os hubiera dejado allí… ¡Pero en San Francisco no hubierais encontrado comprador, porque sobran las mujeres! Aquí, en cambio, los hombres os recibirán con los brazos abiertos. ¡Y se van a casar con vosotras aun sabiendo que no sois más que unas podridas puercas!

Hizo una violenta seña a las mujeres, y éstas descendieron a la bodega para recoger sus pequeñas pertenencias antes de desembarcar. Cinco minutos después ya estaban de nuevo en cubierta, mirando la cercana costa. Y el capitán y la tripulación las miraban a ellas, diciéndose mentalmente que eran bien pocas las que valían la pena.

Sólo aquella irlandesa tan jovencita que en seguida se ponía a llorar. Y la noruega rubia, cuyos cabellos parecían de oro. O Sigrid, la mujer venida desde las misteriosas costas de Islandia.

El capitán se mordió el labio inferior mientras repetía en voz baja aquel nombre obsesionante:

—¡Sigrid!

Apenas con dieciocho años, con un cuerpo que era una maravillosa escultura y con un rostro que no parecía haber besado jamás un hombre, nadie hubiera dicho que se trataba de una mujerzuela de los barrios más bajos de Liverpool.

El capitán con gusto la hubiera llevado a su camarote durante el viaje, y la mayoría de sus hombres también, pero una condición esencial del viaje era que las mujeres debían ser respetadas.

Pertenecían a sus maridos desde el embarque en Liverpool, y el capitán o marino que disfrutase de cualquiera de ellas durante la travesía podía verse en muy serios compromisos. Un año antes se había dado el caso de dos marinos que forzaron a una deportada antes de desembarcar. Uno fue juzgado por los tribunales marítimos ingleses y aún estaba en la cárcel. El otro fue despedazado por el marido de la mujerzuela, un gigantesco negro que trabajaba en los mataderos de Seattle.

Pero aquella Sigrid era deliciosa. ¡Era única!

¡Y la maldita tenía distinción! ¡Parecía haber nacido en la cuna de un rey!

El capitán se mordió el labio inferior con rabia mientras dirigía los últimos movimientos de la maniobra de atraque.

La chusma se había reunido ya en el desembarcadero, esperando aquel cargamento de mujeres.

Ni éstas conocían a sus maridos ni sus maridos conocían a éstas, aunque habían pagado más o menos por el viaje, según la edad de la mujer. De modo que ya se suponía que las más jóvenes iban a encontrar maridos más ricos, o tal vez más viciosos, de los que eran capaces de gastarse una fortuna con tal de tener una mujer que hubiera podido ser su nieta.

Por eso a todas se les encogía el corazón al ver el grupo de hombres que las estaba aguardando, no sabiendo a cuál de aquellos tipos iban a corresponder.

¡Y la mayoría eran tan poco tranquilizadores! Había varios vaqueros barbudos llegados al puerto desde las llanuras del interior. Un pistolero fino y de facciones siniestras. Dos chinos astutos que al menos tenían sesenta años cada uno, y cuya mirada prometía mil retorcidas perversiones en cuanto tuvieran una mujer a su disposición. Había varios negros y muchos pescadores de facciones embrutecidas.

¡Incluso había allí un cochero vestido de uniforme!

Las mujeres fueron descendiendo una a una por la pasarela, al ser llamadas. Llevaban cada una su hatillo de ropa y una mirada de desesperación en los ojos. Al tocar tierra, un hombre, esgrimiendo un papel donde estaba escrito el nombre de la mujer, la abrazaba brutalmente y la llevaba en volandas al despacho del juez.

Todos los marinos, y el mismo capitán, estaban pendientes de un

solo nombre. ¿A quién le habría correspondido Sigrid?

Por fin ésta fue llamada:

—¡Sigrid Larsen!

La muchacha descendió. A pesar de sus harapos, todos admiraron su distinción, sus soberbios movimientos de diosa. Con los ojos turbios, los marinos miraron hacia abajo, temiendo que el que fuera a casarse con ella fuese un negro o uno de los chinos de mirada diabólica.

Pero, no. El que se adelantó fue el cochero.

Mostró un papel, hizo una suave reverencia y besó la mano de la muchacha ante el asombro de todos.

—Pero…, ¿usted va a ser mi marido? —susurró ella—. ¿Usted…?

—Yo sólo soy el cochero de su futuro esposo, señora…

—Entonces…

—Su marido va a ser Richard Barton, uno de los hombres más ricos de Oregón y quizá de toda América…

CAPÍTULO III

Ahora la mujer estaba allí, vestida como una reina, llevando joyas que valían una fortuna y marcando a cada paso el soberbio relieve de las caderas, bajo el vestido negro.

Ken Barton la vio desde lejos, mientras llegaba en el carruaje conducido por el ayudante del *sheriff*.

Aunque estaban aún a unas doscientas yardas del porche donde se encontraba la mujer, se dio cuenta de que ésta era soberanamente hermosa. De que era algo poco común, algo que quizá en todo Oregón no le sería posible ver.

—¿Quién es? —preguntó.

El ayudante del *sheriff* se echó para atrás el sombrero.

—¿De veras no lo imagina?

—No.

—Pues no sabe la envidia que me da. Yo, en su lugar, habría llegado mucho antes.

Ken Barton frunció el ceño.

—¿Acaso…? —susurró mirando al ayudante del *sheriff*.

—¡Pues claro, hombre, pues claro! ¡Es la mujer que va a casarse con usted! ¡El monumento más notable y admirado de todo el Oeste de Norteamérica!

—¿Ésa es, entonces…, la que iba a casarse con mi padre?

Ahora el ayudante del *sheriff* se echó el sombrero sobre los ojos.

—Sí, ésa es.

—No tuvo mal gusto mi padre, a lo que parece.

—Piense que él no la conocía. Sólo se limitó a pagarle el viaje desde Liverpool, en Inglaterra, diciendo que quería que se le entregase la muchacha más joven.

—Eso es algo…, algo que…

—¿Algo que usted no comprende, verdad? —preguntó el ayudante del *sheriff*.

—No, no lo he comprendido nunca.

Llegaban a las cercanías del edificio principal del rancho, cuya riqueza y cuyos detalles se apreciaban ahora con toda perfección. Se advertía, pues, que el porche de la casa no estaba levantado con madera vulgar, sino con finas maderas labradas y traídas de las islas de Oceanía. Se advertía también que las cortinas de las ventanas eran de seda. La cuadra tenía capacidad para más de cien caballos, y los criados no eran simples peones, sino negros uniformados y de sonrisa radiante, como en las casas de los millonarios de Nueva York.

Era imposible encontrar en Oregón un rancho como aquél, cuyas tierras ocupaban nada menos que la décima parte del Territorio. Su dueño tenía tanto poder como un gobernador y, desde luego, mucha más riqueza.

Puesto que los puertos del Territorio de Oregón eran escala para los buques que llegaban de Oriente, aquel rancho tenía el dinamismo y el confort americanos y al mismo tiempo algo del refinamiento de las resistencias de los mandarines chinos.

Ken Barton preguntó:

—¿Dónde está enterrado mi padre?

El ayudante señaló con el mentón una larga y poética hilera de árboles que se perdía junto a un riachuelo.

—Allí. Ése es el lugar de las tumbas. Encontrará usted la de su padre bajo una lápida de mármol rosa.

Suavizó el trotar de los caballos.

—Pero ahora no es buen momento para hablar de esas cosas tristes. ¿A quién le gusta charlar de la muerte y de los que han sido tragados por ella? Mire, ya llegamos a la casa.

Ken Barton no miraba la casa precisamente, sino a la mujer que estaba en el porche.

Se daba cuenta de que su belleza era soberana, especial, obsesionante. Aquella mujer tenía algo que no era posible encontrar en las mujeres americanas, ni siquiera en las más selectas. Era distinguida y al mismo tiempo había en ella algo de salvaje; era endiabladamente joven y al propio tiempo poseía la picardía de movimientos de una mujer madura; sus ojos eran profundos y, sin

embargo, claros como los de una niña.

Y le miraba a él. Desde el porche miraba fijamente a Ken Barton, su nuevo dueño.

El ayudante del *sheriff* pareció adivinar los pensamientos del joven cuando susurró:

—Extraña mujer, ¿verdad?

—Sí, muy extraña.

—Estará de acuerdo conmigo en que las mujeres de este país no suelen ser de esa manera.

—Estoy de acuerdo —dijo Barton con un soplo de voz.

—Claro… Ella procede de una isla solitaria situada en mitad del Atlántico, una isla donde el invierno es eterno y a la que raramente se acerca alguien. De vez en cuando algún barco de pescadores de ballenas… La isla se llama Islandia. ¿Había oído usted hablar de ella? —De pronto el ayudante del *sheriff* hizo un gesto, como advirtiendo que estaba haciendo el ridículo—. ¡Claro! ¿Cómo no va a haber oído hablar de Islandia un hombre que está estudiando en la Universidad de Harvard? Perdóneme.

—No se preocupe —dijo Barton—. Saber dónde está Islandia no tiene importancia. Lo importante en esta tierra es saber manejar el revólver.

—¡Oh! ¿Por qué se preocupa usted de eso? —rió el ayudante del *sheriff*—. Usted tiene dinero para pagar hombres que lo protejan. ¿Sabe cuántos hay en el rancho? Más de quince pistoleros profesionales; y le aseguro que todos saben disparar a tiempo.

—Pero no pudieron evitar que matasen a mi padre —dijo Barton.

El alguacil calló.

Detuvo del todo a los caballos y el carruaje quedó junto a las escaleras del porche, donde alguien, avisado de antemano, había hecho poner una alfombra. El alguacil bajó primero y fue a ayudar a descender a Barton, pero éste lo hizo solo y de un salto. De todos modos tuvo tan poca gracia que por poco se disloca un tobillo.

Los que esperaban para recibirlo —casi todos los empleados de confianza del rancho— guardaron un respetuoso silencio.

La mujer estaba sobre la alfombra, con los labios apretados y los ojos turbios, sintiendo las miradas de todos los hombres sobre las atrevidas curvas de su espalda. Le había pasado eso desde el primer

momento, desde que llegó al rancho y le dijeron que Richard Barton, su dueño, acababa de ser asesinado, pero que en el testamento había dispuesto que ella tenía que casarse con su hijo Ken.

Y ahora Ken estaba allí.

Bien vestido y poco ágil de movimientos, parecía, desde luego, lo que era: un estudiante de Harvard. Pero en cambio su tez morena y sus ojos espantosamente fríos y grises le hacían parecer algo distinto: un hombre capaz de matar.

El la miró durante un instante, recorriéndola desde las puntas de los zapatos a las puntas de los cabellos.

Holmes, el capataz general del rancho, se apresuró a saludar al nuevo dueño:

—Bienvenido, señor Barton. Confieso que no sabíamos cuándo iba a llegar y por eso no tenemos las cosas preparadas como usted merece. Pero confío que se sentirá satisfecho entre nosotros.

—¿Cómo no voy a sentirme satisfecho si han puesto alfombra y todo? Usted es Holmes, ¿verdad?

—Para servirle. Su señor padre me nombró capataz general del rancho, y espero poder servir a usted en el mismo cargo. Haré lo posible por merecer su confianza, señor.

Barton le miró. Holmes tenía mirada de hombre duro y agresivo a veces, aunque hablara con tanta suavidad. A primera vista, resultaba imposible decir si se trataba de un hipócrita o del hombre firme que hacía falta para manejar aquel inmenso rancho.

—Quisiera hablar unos momentos con usted a solas —dijo Barton.

—Con mucho gusto, señor. ¿No quiere que le presente al personal del rancho?

—Luego.

Pasaron al despacho del capataz, que era al mismo tiempo administrador general. Barton admiró los sólidos muebles, los pesados cortinajes y la caja para habanos en plata maciza que había en un ángulo de la mesa.

Holmes siguió su mirada y le ofreció uno de los cigarros.

—Los traen para nosotros especialmente desde Cuba, señor Barton. No sabe usted lo caros que resultan, teniendo que pagar el transporte a través del istmo de Panamá. Pero estoy seguro de que

usted jamás habrá fumado nada semejante.

Barton aceptó un cigarro y lo encendió.

—Señor Holmes —dijo después de la primera bocanada—, todas las noticias que tengo hasta el momento están en la carta que usted me envió a la universidad. ¡Y aquella carta decía tan poca cosa! Que mi padre había sido asesinado cuando iba a casarse con una mujer, con una… ¡ejem…! con una fulana de la peor categoría, si hemos de hablar entre hombres. Decía también que en testamento otorgado ante testigos muy poco antes de morir, mi padre había dispuesto que yo me casase en su lugar con esa misma mujer si quería heredar el rancho. ¿Qué clase de broma es ésa?

—Ninguna broma, señor.

Barton arrugó el entrecejo.

—¿Pretende decir que he de casarme? ¿Y precisamente con esa clase de mujer?

—El testamento es irrevocable, señor.

Barton expulsó al aire una rabiosa bocanada de humo.

—Al menos dígame que mi padre estaba equivocado. Dígame que esa mujer no es lo que usted insinuaba en su carta.

—Es algo mucho peor.

—¿Cómo?

Holmes abrió el cajón central de la mesa y extrajo una hoja de papel doblada, donde tenía una serie de apuntes y datos escritos en letra muy pequeña. Se puso a consultarlos mientras hablaba.

—Usted sabe, señor Barton —dijo—, que en algunos países de Europa, pero especialmente en Inglaterra, las mujeres que se dedican a comerciar con sus cuerpos son detenidas.

Barton nada dijo.

—No sabiendo dónde meterlas —continuó Holmes—, el gobierno de Su Majestad envió unas cuantas a Australia, donde fueron muy bien recibidas por los colonos, que las convirtieron en sus legítimas esposas, y a partir de ese momento vivieron como esposas normales y decentes.

—He oído decir que en Australia las mujeres son escasísimas —expuso entonces Barton.

—Muy escasas, y eso lo explica todo. Los pobres colonos estaban entusiasmados incluso con esa basura que les enviaban. Pidieron más, y el tráfico de mujerzuelas entre Inglaterra y Australia se

convirtió en una cosa corriente, hasta que algunos territorios del Oeste pidieron…, ¡hum…!, pidieron que también les enviaran señoras de esa clase. Ante nuestro estupor, su padre, el muy poderoso Richard Barton, que hubiera podido tener a su disposición todas las señoritas de la comarca, puesto que era un viudo todavía joven, pidió que le enviaran también una de ésas.

Ken Barton lanzó al aire otra bocanada de humo.

—¿Cómo se lo explica? ¿Cree que mi padre se había vuelto loco?

—¡Oh, no, señor Barton! Su padre era uno de los hombres más sensatos de toda esta región, y tenía la cabeza muy en su sitio. Yo creo que es que tuvo lástima de esas mujeres y quiso proteger a una de ellas, convirtiéndola en una auténtica señora. Ésa es, seguramente, la causa de que exija que usted se case con ella. Así no podrá echarla de aquí ni desheredarla.

—De todos modos, confieso que esa mujer no parecía una cualquiera —dijo Barton.

—Pero lo es. Tengo aquí unos informes suyos muy confidenciales. Trabajó en Liverpool en un cafetín del puerto llamado nada menos «La alegre muerte». Allí los marinos borrachos, muchos de ellos de color, podían disponer de una chica por sólo media libra, y nuestra angelical Sigrid era una de ellas. Luego vivió durante un tiempo en casa de un conde, o algo parecido, hasta que volvió de nuevo al arroyo. Por las noches merodeaba por los muelles en busca de toda clase de aventuras, y según me han informado, era una desvergonzada de la más baja categoría. La policía inglesa no sabía ya cómo librarse de ella. ¡Y precisamente esa mujer es la que ha venido a convertirse en dueña del mayor rancho del Noroeste! ¡Con un ejemplar así iba a casarse su padre!

—Y con un ejemplar así tendré que casarme yo —masculló Ken Barton.

Holmes apretó los labios.

—Cuanto antes lo haga, mejor.

—¿Por qué?

—Ella viste bien, ya se ha dado usted cuenta, y además el luto realza su belleza. Los hombres están locos, mirándola día y noche como bestias al acecho, y temo que cualquier día ocurra un desastre. Usted salió de aquí cuando era un niño, pero quizá haya oído decir que ofender a una mujer se castiga en esta tierra con la

horca. Yo no quisiera tener que colgar a ninguno de mis hombres, y por eso le pido que se case cuanto antes con la muchacha y se la lleve en un viaje de novios bien largo. Cuando regrese, nadie se atreverá a mirarla sabiendo que es la esposa del patrón. Pero, mientras tanto, le juro que…

—¿Está preocupado?

—Me estoy volviendo loco.

Barton adivinó que a Holmes también le gustaba la chica, pero no se atrevía a decirlo.

—¿Y si me negara a casarme con ella? —preguntó.

—Entonces quedaría usted desheredado. Lo siento mucho, pero el testamento lo dice con toda claridad. El juez le confirmará estas palabras.

Ken Barton exhaló otra bocanada de humo.

—Como comprenderás, no quiero unir mi vida a una mujer de esa clase —dijo—. ¿Cómo podría librarme de semejante compromiso?

—Sólo de una forma —susurró Holmes.

—¿Qué forma?

—Si ella muere antes de que la boda se celebre.

El cigarro que estaba entre los labios de Barton cayó lentamente sobre la alfombra.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que esa chica podría tener un accidente.

—No —dijo Ken, moviendo la cabeza—, yo no soy hombre para enviar a nadie a la muerte. No podría hacer matar a una mujer aunque ella hubiese de destrozar mi vida.

—No se trata de eso —susurró Holmes.

—¿De qué se trata, entonces? Confieso que no lo entiendo.

—Alguien viene para matarla —dijo el capataz—. Alguien que conocía de antes a esa mujer. Viene para matarla al frente de un grupo de siete hombres…

CAPÍTULO IV

El despacho del *sheriff* estaba adornado sólo por unos cuantos pasquines. En cada uno de ellos había el rostro de un hombre, y debajo de cada rostro una cifra.

Se puso en pie al ver entrar a Ken Barton.

—¿Cómo está, señor Barton? Siéntese, por favor. ¿Hace un trago de *whisky*? ¿Un cigarro?

Ken se sentó, sonriendo levemente, y miró uno por uno los pasquines que adornaban la pared.

—Veo que tiene usted muchos, *sheriff*. Una bonita colección. ¿Y ofrecen cuatro mil dólares por Josuah Banders?

—Es el peor forajido de la comarca. El mató a los tres hombres cuyos cuerpos transportábamos en la diligencia, ¿no recuerda?

—¿Cómo no iba a recordarlo?

Ken aceptó el vaso de *whisky* que le servía el representante de la Ley. Éste se dio cuenta de que su visitante seguía mirando los pasquines con mucha atención.

—¿Es que le interesan? —preguntó—. Puedo darle una copia de cada uno, si usted quiere coleccionarlos.

—¡Oh, no! Los miraba por curiosidad. Temía que en cualquiera de ellos pudiera estar el nombre de mi hermano Jeff.

Las facciones del *sheriff* se ensombrecieron un poco.

—¿Cuánto hace que no ve usted a su hermano?

—Puede decirse que no lo he visto nunca. Yo fui a estudiar al Este cuando tenía diez años, y mi hermano había marchado la primavera anterior por el mismo motivo. Quince años son mucho tiempo para que uno recuerde las cosas… Luego él se fugó de la Universidad y vino al Oeste a ganarse la vida con el revólver. Una locura como otra cualquiera, ¿no? ¿Qué necesidad tenía de hacer

eso? Mató a varios hombres y se hizo perseguir como una alimaña…

Terminó el contenido del vaso reflexivamente y añadió:

—No… Mi hermano y yo es como si no nos hubiéramos conocido nunca. Pero sé la fama que tiene y por eso miraba los pasquines. Uno siempre teme que…

—Aparte no tener ningún retrato de su hermano —le interrumpió el *sheriff*—, no nos hubiéramos atrevido a poner precio a su cabeza a sólo unas millas del rancho de su propio padre. El señor Richard Barton no quería saber nada de él; de acuerdo… ¡Pero no es lo mismo eso que ver que ofrecen tres o cuatro mil dólares por la piel de un hijo! Yo incluso di orden de que no le persiguieran si aparecía por este condado. Pero jamás vino a esta parte de Oregón. Sus lugares favoritos de acción eran Utah y Nevada. Mataba y desaparecía, mataba y desaparecía… Igual que los fantasmas. ¿No ha oído usted hablar de su famosa cuchillada a la garganta?

Ken Barton, por poco devuelve el alcohol que acababa de beber.

—No…

—Era su especialidad, y se dice que con ella ha eliminado a más de cinco hombres… Sujeta el arma con sólo dos dedos, igual que una navaja barbera, y… ¡zas! Al primer corte la sangre de la victima salta a media yarda de distancia. Dicen que no se salva nadie.

Ken hizo un gesto de repugnancia.

—Por Dios, *sheriff*… ¿No podría hablar de otra cosa?

—¡Oh, perdone! No recordaba ya que usted es un hombre acostumbrado a otra clase de vida. No mencionaré más a su hermano Jeff, asegurándole tan sólo que por aquí no ha aparecido nunca y que hace más de un año que no ha cometido ningún delito. Como está desheredado, tampoco hay peligro de que le discuta a usted la propiedad del rancho. Y ahora, señor Barton, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Es por Sigrid, por esa mujer.

Los ojos del *sheriff* se iluminaron.

—Bonita chica, ¿eh?

—¿A usted también le gusta?

—Bueno, yo…

—No es necesario que disimule, *sheriff*, pero no he venido aquí a

hablar de su boca ni de sus piernas. Hace sólo unas horas que he llegado al rancho y aún no he querido hablar con ella porque antes quiero que usted me dé una información. Dice Holmes, el capataz general, que alguien quiere matarla. ¿Es cierto?

—Pues…, sí.

—¿De quién se trata?

El *sheriff* pareció escupir el nombrecito.

—«Araña» Kiss.

—¿Quién demonios es «Araña» Kiss?

—No tenemos ningún pasquín de él porque tampoco hay retratos, pero resulta un tipo repulsivo. Miembros cortos y peludos, ojos fríos… Ahora se dedica a asaltar diligencias. Pero, según parece, estuvo en Inglaterra, donde debió conocer a esa tal Sigrid. En cuanto ella desembarcó, él lo supo en seguida. Parece que tenían una cuenta pendiente y por uno de sus hombres me he enterado de que la matará.

Ken Barton no dijo nada, y en vista de ese silencio, el *sheriff* añadió:

—Eso a usted le conviene.

—¿Por qué?

—No me dirá que piensa casarse con una mujer de esa clase. Lo que necesita es contraer matrimonio con la hija de Percy Brown, su vecino, y así unirán los dos ranchos más grandes de la comarca.

—Ya soy bastante rico —dijo Ken sin alzar la cabeza.

—Nunca se tiene bastante plata, amigo, pero aunque no fuera eso… En fin, si usted se casa con una mujerzuela de esa clase, aunque sea por obligación, todo el mundo le perderá el respeto. Puede verse abocado a un desastre, señor Barton, y por eso le interesa que la mujer muera antes de la boda.

—No quiero que asesinen a nadie, *sheriff*, y por eso he venido aquí. Quiero que usted la proteja.

Barton había alzado el rostro y miraba al representante de la Ley, pero éste se dio cuenta de que el millonario no tenía una mirada demasiado firme ni decidida.

En el fondo era un tipo blando, un cobarde de la ciudad que no se atrevía a defender directamente a la chica, ni aun teniendo a los pistoleros de su padre, y procuraba cargar a otro aquella desagradable misión. En realidad, él iba a ser incapaz de jugarse ni

una brizna de piel por salvar el cuello de la muchacha.

—Lo que me pide va a ser difícil —insinuó el *sheriff*.

—¿Por qué?

—«Araña» Kiss viene al frente de una banda de siete hombres. Yo sólo tengo un ayudante.

—¿Quiere decir que no podrá hacerles frente?

—Además, estoy ocupado con lo de la cuadrilla de Banders. Usted mismo vio que habían asesinado a tres hombres…

—¿Qué quiere, entonces? —saltó Barton—. ¿Que esos tipos vengan a matarla a mi propio rancho?

—No lo harán. Su padre de usted, señor Barton, tenía pistoleros a sueldo. No porque fuese amigo de la violencia, sino porque en esta tierra la gente de dinero necesita alguien que la defienda. Usted ha heredado también eso, y hoy puede disponer de los mejores gatillos de la comarca.

—Por lo tanto…

—No se atreverán a asaltar su propio rancho —le interrumpió el *sheriff*—. Pero, de todos modos, tendrá usted la guerra. Nadie puede librarle de una emboscada cuando venga a la ciudad o de un disparo lejano de rifle cualquier día en que inspeccione sus tierras. Por eso voy a aconsejarle una cosa.

—¿Qué?

—Que traiga usted a la muchacha a la ciudad y la aposente en una buena habitación de hotel.

Ken Barton se pasó la lengua por los labios, que parecían estar secos.

—¿Para qué? —preguntó.

—De ese modo no tendrá usted disgustos. Yo protegeré a esa chica, a la tal Sigrid, hasta el límite de mis fuerzas, y si le ocurriera algo…, mala suerte. Es la mejor solución.

Unas gotitas de sudor frío acababan de aparecer en la frente de Ken Barton. El *sheriff* se preguntó con curiosidad si sería tan cobarde como para aceptar aquella proposición.

Y Barton la aceptó.

—No se me oculta que eso es como condenar a Sigrid a muerte, *sheriff* —dijo—. ¿Pero qué puedo hacer?

—Usted tráigala aquí, evítese complicaciones y deje que sea el destino el que resuelva.

—¿Pero con qué pretexto la expulso del rancho?

—¿Con qué pretexto? ¡Hombre…! —El *sheriff* estuvo a punto de lanzar una carcajada—. ¡Si casi es obligado que usted la facture para la ciudad! Va a casarse con ella y sería mal visto que ambos habitaran bajo el mismo techo. Además de librarse de ella, queda como un caballero.

Ken Barton tragó saliva lentamente, como si no se decidiera, y al fin terminó poniéndose en pie.

—De acuerdo, *sheriff*. La dejo bajo su protección. Se la traeré mañana.

—De acuerdo, señor Barton.

El *sheriff* lo acompañó hasta la puerta y le vio salir.

Hizo una mueca. ¡Bonita rata de ciudad que no tenía valor ni para defender a una mujer, aunque ésta fuese una cualquiera! El plan que el mismo *sheriff* había sugerido era el que más convenía a la ciudad, para evitar una carnicería, pero una cosa era la conveniencia y otra la dignidad. Le repugnaba que Ken Barton hubiese aceptado. El *sheriff*, viéndole alejarse, tenía ganas de escupir.

Por fin volvió a su oficina y al departamento de celdas, donde tenía encerrada a una mujer.

CAPÍTULO V

Sobre el rancho flotaba una niebla espesa, que había envuelto los edificios en un triste sudario gris, cuando una mano golpeó quedamente en la puerta del despacho de Ken Barton.

—¡Adelante! —Autorizó éste, creyendo que se trataría de Holmes, el capataz general.

De pronto alzó la cabeza y quedó como paralizado.

Un vestido negro, ni demasiado largo ni demasiado corto. El nacimiento de unas bonitas pantorrillas enfundadas en medias también negras. Unas caderas suaves, pero al mismo tiempo tan rotundas que parecían ir a estallar bajo la ropa. Unos labios rojos, unos cabellos rubios… Y aquellos ojos. Aquellos extraños ojos que parecían mirar desde el Más Allá, como si sólo viendo a un hombre ya adivinaran sus secretos pensamientos.

Ken Barton susurró:

—Usted…

Sigrid cerró la puerta a su espalda y quedó por unos momentos apoyada en ella, respirando fatigosamente.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Siéntese…

Ella se sentó frente a la mesa, cruzando las piernas con mucha discreción ante los ojos del hombre.

—¿Qué quiere? —susurró Barton.

—En primer lugar, saludarle. Es usted el dueño de este rancho, y yo vivo en él gracias a su benevolencia.

—Perdone que no le haya dedicado antes la atención que merece —dijo Barton educadamente—. No he tenido tiempo. Ahora precisamente estaba repasando las cuentas del rancho en el último año…

—Lo comprendo, señor Barton. Usted sólo hace un día que está aquí, y se ha hecho servir la comida en sus habitaciones para no tener que sufrir la violencia de invitarme a su mesa. Le resulto la persona más desagradable del mundo, ¿verdad?

Ken Barton miró con ojos ligeramente turbados aquella soberbia escultura palpitante que tenía frente a él. Por un momento estuvo a punto de pronunciar alguna palabra agradable, pero en seguida pensó que aquella soberbia escultura había pertenecido a muchos hombres y el asco y el dolor le hicieren cerrar la boca.

—¿Por qué me ha hecho expulsar del rancho, señor Barton? —preguntó entonces ella.

—¿Expulsarla? ¿Qué dice…?

—Hace poco me ha comunicado Holmes que tengo habitación reservada en el «Hotel Excelsior», de Grants Pass. Una doncella acaba ahora de poner mis pocos vestidos en una maleta.

Ken Barton hizo con ambas manos un movimiento elegante y desenvuelto.

—¿Pero por qué habla así? Yo no la expulso, señorita Sigrid. ¿Cómo podría hacerlo si vamos a convertirnos en marido y mujer? Lo que sucede es que precisamente quiero evitar murmuraciones para no perjudicarla. Estaría mal visto que viviéramos en el mismo rancho, y por eso la traslado a un hotel hasta…, hasta el día de nuestra boda.

—¿Se preocupa usted de mí, señor Barton? ¿Tiene miedo de que la gente murmure de mí?

—¿Por qué no? Usted es una señorita y…

—Yo no soy una señorita —dijo ella poniéndose en pie lentamente—. Nadie murmura ya de mí, señor Barton, sino que las cosas me las dicen a la cara. Podía usted haberse ahorrado tanta delicadeza.

Ken la miró. Sigrid era alta, muy alta, y resultaba una escultura tan hermosa y deseable que el hombre tuvo que cerrar los ojos.

Se puso en pie también.

—¿La besó mi padre? —preguntó de pronto.

—¿Por qué pregunta eso? —Aquellas inesperadas palabras parecían haber alterado a la mujer—. Cuando yo llegué su padre estaba moribundo, señor Barton. Pese a ello, fue muy amable conmigo y me besó la mano antes de morir. Ya ve… —En las

palabras roncas de la mujer parecía de pronto contenerse el llanto —. Me besó la mano a mí, una…, una…

—Más vale que no pronuncie el nombre.

—Su padre era un hombre muy bueno, señor Barton.

—Diga más bien que era un hombre muy extraño.

—Tenemos la hipocresía de llamar personas extrañas a todas aquellas cuya bondad es superior a la normal. Pero no voy a cansarle ahora con discursos, señor Barton, ni a hacerle perder su precioso tiempo, que usted necesita para contar los millones que produce el rancho. Sólo he venido a despedirme y a decirle que yo estoy a su disposición, que soy su esclava aquí y fuera de aquí. Haga usted una seña y yo me pondré de rodillas. Mueva un dedo y le besaré en los labios o donde usted me mande. Pégueme un puntapié cuando se canse y yo saldré arrastrándome por la puerta. Me tiene a su disposición como a los perros y los caballos de su rancho, señor Barton, y yo sólo he venido a decirle eso.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Ken Barton tragó saliva dificultosamente.

Allí, al alcance de su mano, estaba aquella mujer a la que él podía mandar y convertir en suya cuando quisiese. Allí tenía una esclava como jamás la soñaron ni los mismos emperadores de Roma. Ella misma le había dicho: «Hágame una seña y yo me pondré de rodillas…»

En la penumbra suave del despacho brillaba la seda de sus medias.

—Adiós —dijo ella—, ya me llamará, señor Barton.

Salió lentamente y entonces Ken Barton se llevó por un momento la mano derecha a los ojos. Luego pareció tomar una resolución, se encogió de hombros y volvió a sentarse a la mesa para seguir con las cuentas. Unos minutos más tarde oía el suave chirrido de los muelles de un carruaje al alejarse de la casa.

Pensó en el *sheriff* de Grants Pass, que sólo tenía un ayudante, y pensó también en los siete hombres de «Araña» Kiss.

Volvió a encogerse de hombros.

Por fin llamaron a la puerta otra vez y, tras obtener permiso, entró Holmes.

—Buenas tardes, señor Barton. Sus instrucciones han sido cumplidas. Ella ya está fuera.

—Lo sé. Ha venido a despedirse.

—Ahora habrá tranquilidad en el rancho, señor Barton.

—Eso espero.

—Yo…, ¡ejem! Bueno, yo también quería decirle una cosa.

—¿Qué?

—No sé si en realidad le interesará. ¡Han pasado tantos años!

—De todos modos, hable.

Holmes se acercó a la mesa.

—Bueno, se trata de lo siguiente: el ama de cría que amamantó a usted y su hermano está presa. La han condenado a cinco años, y el *sheriff* la tiene en Grants Pass. Cinco años no son gran cosa, pero como ya tiene sesenta, es muy probable que muera en la cárcel.

—La mujer que nos amamantó a Jeff y a mí… —dijo Barton lentamente—. Han pasado muchos años, pero claro que la recuerdo… Cuando era un niño ya algo mayor, jugaba con ella. Jeff también. Nos distinguía perfectamente, y eso que era ciega.

—Continúa siéndolo, señor Barton.

—¿Pero por qué la han condenado? ¿Qué puede haber hecho una mujer de sesenta años y que ni siquiera ve?

—Ayudó a escapar a un pistolero.

—¡Ah! Entonces…

—Ese pistolero era su hijo, señor Barton.

El dueño del rancho se mordió el labio inferior.

—Siendo así, no debieron haberla condenado.

—De acuerdo, pero las leyes son muy estrictas en esta tierra, señor Barton. Su hijo era un asesino que luego fue muerto por el propio *sheriff*. Y el jurado entendió que la vieja se había pasado de la raya y la condenó a cinco años.

—¿Sabía eso mi padre?

—Todo ha ocurrido en los últimos tiempos, cuando su padre ya había muerto, señor Barton.

—¿Y por qué me dice todo esto?

Holmes tuvo de pronto la misma sensación que había tenido el *sheriff*. Ken Barton era un cobarde a quien asustaba tener que dar la cara a nadie. Había sacado a Sigrid del rancho para evitarse compromisos, y ahora dejaría que la mujer que le dio la leche de sus pechos se pudriera en la cárcel. Susurró:

—Lo lamento, señor Barton. No quería molestarle.

Barton sacó un fajo de billetes del cajón central de la mesa Allí había, al menos, cinco mil dólares.

—Mire, Holmes, me interesa que esa mujer salga. Pero arréglelo con dinero, ¿entiende? Yo no quiero intervenir personalmente para nada. Dígale al *sheriff* que puedo traerme a esa mujer al rancho y responder de ella. Si no quiere, le entrega esa suma al juez para que monte una farsa y haga revisar el proceso. Pero quiero a esa mujer fuera de las rejas antes de dos días, ¿entiende?

—Entiendo, señor.

Holmes tomó el dinero. A pesar de que aquella suma era para realizar una buena obra, sintió un poco de asco porque Ken Barton era incapaz de ir personalmente a la ciudad. Era uno de esos tipos que lo arreglan todo con dinero, que pagan y escurren el bulto.

—Iré a ver al *sheriff* —dijo—. Me parece que con esta propina conseguiré que se decida a enviarla al rancho, siempre y cuando usted responda de que no va a escapar de aquí.

Barton hizo con la mano un gesto aburrido.

—Mire, Holmes, se me acaba de ocurrir algo mejor. Que tenga a la mujer en el «Hotel Excelsior», que según creo es el mejor de Grants Pass. Así el *sheriff* podrá vigilarla más directamente y yo me evito líos. Dígaselo así, ¿eh? No se olvide.

Holmes entrecerró los ojos para que su dueño no se diese cuenta de lo que él pensaba. Porque Holmes estaba pensando que los hombres del Oeste actúan de otra manera.

—De acuerdo, señor.

Holmes salió, pidió que le ensillaran el mejor caballo y se dirigió al galope a Grants Pass. Una vez en la ciudad, se cercioró de que Sigrid ya estaba instalada en una de las mejores habitaciones del «Hotel Excelsior», y luego fue a la oficina del *sheriff*.

Éste se encontraba bebiendo. Holmes inició la conversación depositando el fajo de billetes sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —Gruñó el representante de la Ley.

—Quiero hablarle de una mujer. Una mujer ciega.

—¿Se refiere a la que está condenada a cinco años?

—Sí.

El *sheriff* no apartaba la vista del fajo de billetes. Holmes comprendió que el asunto estaba ganado, y que sabiendo que allí había intervenido la mano de Barton, no chistaría nadie en la

población.

Diez minutos más tarde la orden de libertad para la mujer estaba extendida.

El *sheriff* guardó los billetes.

—Y ahora voy a largarme un par de días —dijo—. Lo necesito.

—¿Por qué va a largarse? Esto es como un abandono de su servicio. ¿Qué ocurre, *sheriff*?

El de la estrella se pasó el dorso de la mano por la boca, que tenía seca.

—¿Y lo pregunta? ¿Es que no se ha enterado, Holmes? La banda de «Araña» Kiss está a punto de llegar…

CAPÍTULO VI

Los siete jinetes entraron en la ciudad justamente cuando el *sheriff* y su ayudante salían en un coche tirado por dos caballos.

Detuvieron incluso sus monturas para dejar paso al vehículo, o sea, que los forajidos se cruzaron con el representante de la Ley. Éste sacó la cabeza por la ventanilla, los reconoció e hizo un gesto, encogiéndose de hombros y guardándose la estrella en uno de los bolsillos de la camisa.

Puesto que «Araña» Kiss sólo venía allí en busca de una mujer, no valía la pena jugarse la piel por tan poca cosa.

Dentro de un de días, cuando él volviese pretextando haber tenido un trabajo urgente en los límites del condado, nadie se acordaría ya del cadáver de Sigrid.

Los siete jinetes siguieron adelante, penetrando en el pueblo a la luz violeta del anochecer.

Todos parecían iguales, todos vestidos de gris y con sombreros blancos echados sobre los ojos. Cada uno de ellos llevaba un revólver y un puñal, como si fueran una patrulla militar. Sólo el tipo que los mandaba resultaba distinto.

«Araña» Kiss era más bajo que sus hombres, tenía las piernas torcidas y mucho cabello en brazos y pecho. No era buen jinete, pues no había nacido en el Oeste, pero resultaba indiscutible como jefe por su astucia y su crueldad. El mote de «Araña» le venía de su forma de caminar, pues siempre adelantaba un hombro más que otro, dando la sensación de una gigantesca araña de las que parecen avanzar de flanco.

Ahora se llevó la mano al sombrero y dijo:

—Parece que el *sheriff* nos deja vía libre…

—Quizá no nos haya reconocido —objetó uno de sus hombres.

—Claro que nos ha reconocido. Sabía incluso que íbamos a llegar. Pero no quiere complicaciones.

Los seis jinetes se habían colocado junto a «Araña» Kiss, y avanzando en grupo, llenaban todo el ancho de la calle El rumor de los cascos de sus caballos dominaba todos los otros sonidos, produciendo como un
«clac-clac»
obsesionante que parecía llenar la ciudad entera.

Uno de los jinetes preguntó:

—¿Es cierto que esa chica está en el rancho de Barton, Kiss?

—Eso dicen.

—Pero Barton es el hombre más rico de todo el Territorio. Tendrá pistoleros a sueldo, seguro. ¿Cómo vamos a atrevemos a asaltar su rancho?

«Araña» Kiss le dirigió una mirada de soslayo.

—No sé lo que haremos todavía, pero es seguro que esa mujer no estará encerrada allí siempre. Algún día tendrá que venir a la ciudad, y entonces…

—¿Qué haremos mientras tanto?

—Descansar. Nos conviene.

Los siete hombres habían recorrido ya la mayor parte de la calle principal. «Araña» inspeccionaba con los ojos todos los establecimientos, pues era la primera vez que estaba en Grants Pass. Estuvo a punto de detenerse ante dos hoteluchos de mala muerte, pero los desechó por demasiado malos. Por fin le llamó la atención la Titilante fachada del «Excelsior».

—Ése es bueno —dijo—. Hay que apearse.

Ninguno de ellos advirtió el rápido movimiento de cortinas en una de las ventanas del primer piso. Y ninguno de ellos oyó tampoco, naturalmente, el apagado sollozo de mujer tras aquella ventana.

«Araña» entró primero. Por el modo de mirarle el dueño del hotel, adivinó que éste ya sabía quién era.

—Buenas noches. ¿En qué… puedo servirles?

—Necesito habitaciones para mí y mis hombres. Dos cuartos de tres camas cada uno de ellos. Y un cuarto de una sola cama para mí.

—Se… Serán atendidos, señores.

—Venga el libro registro. Es costumbre firmar para que luego se

entere el *sheriff*, ¿no?

Los seis hombres que estaban tras él lanzaron al mismo tiempo una salvaje risotada.

El dueño tendió a «Araña» el libro-registro. Éste se dispuso a firmar en una de las hojas cuando de pronto se fijó en la firma que iba a estar encima de la suya. Parpadeó, como si no creyese lo que estaba viendo, y hasta se pasó la mano por los ojos…

—Esa que ha firmado «Sigrid»…, ¿está en el hotel?

—Sí, señor. Habitación número ocho.

—No puede ser… Las cosas nunca son tan fáciles. ¿Se trata de una mujer joven?

—Joven y bonita, señor —dijo el dueño, tartamudeando.

—¿Rubia?

—Sí, señor.

—Con unos ojos muy extraños, ¿no?

—Pues…, efectivamente, señor.

«Araña» Kiss hizo una mueca y mostró los dientes. Los tenía agudos como los de una bestia.

—Bueno, parece que no hay duda; pero le haré una última pregunta: ¿Estaba esa mujer en «Rancho Barton»?

—Sí, señor.

Los seis hombres de «Araña» estaban atentos, con las manos sobre sus armas. «Araña» quiso saber:

—¿Qué habitaciones nos asigna?

—La 14, la 15 y la 16, señor. Están en el segundo piso.

—Vamos allá. Preocúpese de que estén bien atendidos nuestros caballos.

—Naturalmente, señor… A sus órdenes, señor…

El dueño se lanzó hacia la puerta, contento de perder de vista por un instante a aquellos siete hombres. Éstos subieron poco a poco las escaleras, sin hacer ruido, tendiendo una muda indicación de «Araña».

Cuando llegaron a las habitaciones, el jefe ordenó en voz baja:

—Ya habéis oído; habitación número ocho. La chica estará allí. Dos de vosotros vais a traérmela.

Señaló a los más forzudos de su cuadrilla.

—Tú. Ruggles, y tú, Patton. ¡Andando!

—Habrá ruido, jefe. La chica no querrá venir por las buenas.

—¿Y qué importa, si se pone tonta y hay jaleo? ¿No habéis visto que el *sheriff* está fuera de la ciudad?

Patton se pasó la lengua por los labios.

—¿La quiere entera, jefe?

—Entera y sin una moradura en la piel, entendedlo bien. Quiero que sea mi huésped por esta noche y ha de estar bien bonita. ¡He venido desde el otro lado del mundo sólo para esto! ¡Vamos, imbéciles! ¡Andando!

Ruggles y Patton se alejaron hacia las escaleras, mientras los restantes hombres, oliendo ya la violencia y el festín, lanzaban una silenciosa carcajada.

La habitación número ocho estaba en el piso inferior.

Los dos hombres llegaron ante la puerta y llamaron suavemente. Una voz suave preguntó:

—¿Quién es?

—El dueño del hotel, señorita. Ha llegado una carta para usted y quiero entregársela personalmente.

La voz dijo:

—Échela por debajo de la puerta, haga el favor. No puedo abrirle ahora porque me estoy cambiando.

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada.

¡Vaya! Había suerte.

Ruggles cargó todo su peso sobre el pomo, mientras Patton cargaba contra la puerta.

Ésta cedió como una hoja de papel, a pesar de que estaba cerrada por dentro. Los dos hombres vieron a Sigrid, que se estaba cambiando para bajar a cenar. Se ajustaba una media cuando alzó los ojos, asombrada, al ver entrar a los dos hombres. Inmediatamente dejó caer la falda.

—¿Quiénes… son ustedes?

—Bueno, nena; ¿es que se terminó ya el teatro? ¿Por qué no continúas?

—¡Salgan de aquí!

Patton fue el primero en lanzarse sobre la chica, sujetándola brutalmente por los cabellos y arrojándola sobre el lecho. Ruggles le propinó dos brutales bofetadas, a pesar de la orden de «Araña», y la hizo caer al suelo, donde la volvió a golpear con su bota.

Una rabia frenética, un ansia loca de destrucción se había

apoderado de los dos hombres al saber que aquella mujer no seria para ellos.

Sigrid gimió.

Patton la puso violentamente en pie y fue a besarla en la boca, pero ella giró la cabeza a tiempo y sólo pudo ponerle los labios en la mejilla. De todos modos, el brusco contacto hizo que la muchacha se estremeciera de asco, intentando librarse de las garras de Patton.

Pero Ruggles ayudó a su compañero, sujetándola por detrás e intentando también besarla.

Fue entonces cuando oyeron en el cristal de la ventana unos golpecitos suaves, muy suaves.

Eran como los picotazos de un pajarillo, pero tenían un sonido metálico que hizo volverse rápidamente a los dos hombres.

Vieron una sombra negra recortándose más allá del cristal, pero no pudieron reconocer a nadie. Ni siquiera estaban seguros de que fuese una forma humana. Tuvieron un estremecimiento y sacaron los revólveres los dos a la vez, amartillándolos instantáneamente.

La sombra negra se movió un poco.

Tanto Patton como Ruggles vieron brillar algo metálico junto al cristal y apretaron los gatillos mientras la ventana parecía deshacerse en mil luces anaranjadas y negras.

No se dieron cuenta de que sus balas rozaban tontamente el alféizar, sin alcanzar a nadie, mientras que sus cabezas saltaban hechas pedazos por los plomos que habían llegado igual que muñecos, llenando de sangre la habitación. Sigrid lanzó un grito, llevándose las manos a la cabeza.

Cuando el humo de pólvora pareció haberse disipado un poco, la muchacha miró hacia la ventana, pero a través del cristal hecho astillas no pudo ver a nadie.

Se acercó a la ventana, procurando no pisar los retorcidos cadáveres.

Aquel hueco daba a la fachada del hotel, y estaba a poca altura sobre la calle. Parecía increíble que el autor de los disparos no hubiera sido visto desde fuera, mientras saltaba hacia la ventana por encima de las letras que formaban el nombre del hotel. En todo caso debía tener la agilidad de un mono. Sigrid vio que ahora, al pie de la ventana, se había formado un corro de gente ansiosa.

La puerta se abrió y el dueño del hotel penetró en la habitación con la fuerza de una bala.

—¿Qué…, qué ha ocurrido?

Sigrid pudo reaccionar y señaló los dos cadáveres con el mentón.

—¿Cuándo recogen la basura en este hotel, amigo mío? Voy a quejarme en serio. Esta carroña molesta.

—Pero, señorita…

—Por lo visto, estos dos nuevos huéspedes del hotel se han equivocado de habitación. Tenga la bondad de decirlo a sus amigos para que ellos no caigan en el mismo error.

—¿Los… ha matado usted?

—No contesto preguntas ahora. Puede que después de cenar me sienta más explícita.

El dueño del hotel tenía una bola en la garganta.

—Como usted quiera, señorita… Lo que mande, señorita… En seguida llamo a los de la funeraria.

—Y avise también al *sheriff*.

—El *sheriff* no está.

La muchacha tuvo un estremecimiento, dándose cuenta del terrible peligro que corría en la ciudad. Pero con un gesto de desenvoltura logró dominar aquel miedo.

—Dese prisa.

El dueño del hotel cerró la puerta, temblando, y la muchacha terminó de cambiarse velozmente, sin mirar los cadáveres.

Luego salió para cenar, precisamente cuando llegaba resoplando el grueso dueño de la funeraria.

—Mis respetos, señorita… Un magnífico trabajo, si me permite decirlo. ¿Paga usted los gastos?

—Los pagará el señor Ken Barton. Pueden hacer ustedes hacer un entierro de categoría.

—Usted y los «clientes» quedarán satisfechos, señorita.

—Oiga una cosa.

—Diga, señorita.

—Creo que en el hotel se hospeda también un caballero llamado «Araña» Kiss. En todo caso, consulte usted el libro-registro. Dígale de mi parte a él y a todos sus hombres que tienen entierro pagado.

El de la funeraria tenía la boca abierta.

—Sí. Sí, señorita.

Sigrid bajó al comedor. Ignoraba quién la había salvado y si la intervención de aquella sombra negra se volvería a repetir, pero convenía sacar todo el partido posible de aquella extraña situación para asustar a «Araña» Kiss.

Atónito por lo sucedido, éste no se atrevería a hacer nada hasta haber averiguado el por qué de la muerte de sus hombres. Ella disponía, pues, de un tiempo durante el cual…, ¡tal vez!, se le ocurriría algo.

El comedor del hotel estaba contiguo al bar. Cuando ella se sentó a la mesa tuvo la repentina sensación de que alguien la miraba, y alzó los ojos hacia la barra.

Vio a Ken Barton.

Ken estaba allí, impecablemente vestido como siempre, y sosteniendo en la mano derecha una panzuda copa medio llena de *brandy*.

Abrió mucho los ojos, asombrado, al verla, como si le maravillara lo distinguida y perfecta que aquella mujer era.

Ella hizo una suave inclinación de cabeza como si le recordara: «¡Una sola palabra suya y yo haré lo que usted quiera…!»

Ken se acercó.

—Ya me han explicado lo sucedido —dijo en voz baja—. No se habla de otra cosa en el hotel. ¡Dios mío! ¿Cómo ha sido posible…?

Se sentó y miró fijamente a Sigrid.

—¿Los ha matado usted?

—No.

—¿Quién, entonces?

—No lo sé.

—¿Sabe el lío en que me ha metido? —preguntó nerviosamente él—. Yo soy responsable de usted, y de todo lo que haga me pasarán cuentas. ¿Por qué ha matado a dos hombres cuyos compañeros pueden vengarse sangrientamente?

—¿Hubiera preferido dejar que hicieran conmigo lo que quisiesen? —preguntó ella, con un matiz de desprecio en su voz.

—¿Hacer lo que quisiesen? Bueno… Eso, en usted, no tiene tanta importancia, ¿verdad?

Ella encajó el insulto con los labios apretados, en silencio, sin querer mirarle.

—¿Ha terminado, señor Barton?

—No, quiero saber quién ha matado a esos hombres, si no ha sido usted. Quiero saber quién me está metiendo a mí en un lío.

—Lo ignoro. Era un hombre que se movía con mucha agilidad y que sólo necesitó dos disparos. Tiró a la cabeza.

—¿Dice que… tiró a la cabeza?

—Sí. ¿Por qué le extraña?

Ken Barton parecía sumido en un mar de confusiones. Unas frías gotitas de sudor habían aparecido en sus sienes.

—Yo sólo conozco a un hombre así —dijo con voz temblorosa—. Un hombre con agilidad de mono, que sólo necesita un disparo por cada hombre… y a quien le parece tonto no disparar a la cabeza.

—¿Quién?

Ken Barton se llevó una mano a los ojos, y sus labios temblaron como si de ellos se negaran a surgir las palabras.

—¿Quién? —repitió Sigrid.

—Mi hermano Jeff… Mi hermano Jeff, el pistolero. Un hombre para quien la muerte no es más que un sucio y bonito juego.

Sigrid sintió que la garganta se le quedaba seca.

CAPÍTULO VII

Ken Barton se puso en pie, con las facciones tan pálidas como las de un muerto.

—Ese hombre no puede continuar en la ciudad —dijo—. Hará un desastre si sigue libre. He de avisar al *sheriff*.

—El *sheriff* no está —dijo calmosamente Sigrid.

—¿No?

—Tiene miedo de «Araña» Kiss y sus hombres. El mismo miedo que ha tenido usted, cariño.

—¡No me llame «cariño»!

—Perdone. Por unos momentos no había recordado que es usted mi dueño.

Ken Barton, con las manos a la espalda, paseó nerviosamente un par de veces por delante de la mesa. —He de hacer algo…— balbució—. ¡He de hacer algo!

—¿No es Jeff hermano suyo? El no le hará ningún a usted. ¿Qué es lo que teme?

—¿Es que no se da cuenta? ¡Jeff es una bestia, un pistolero profesional, un tipo que si no está en los pasquines es por el dinero de mi padre! ¡Si ha decidido merodear por aquí acabará hundiendo mi rancho!

Estaba allí, frente a Ken, vestida sólo con una bata medio abierta, mostrándole su sonrisa y todo lo demás.

Sigrid bajó los ojos para que él no pudiera ver la dolorosa llamita de desprecio que palpitaba en ellos.

—Lo siento por usted, señor Barton. Si puedo hacer algo…

—Lo único que puede hacer es quedarse quieta. Pida que le sirvan la cena en su habitación.

—Hay allí dos cadáveres, señor Barton. ¿Cree que eso va a

despertarme el apetito?

—Pues pida que le cambien de cuarto. Yo mismo me encargaré de eso.

Y dejó a la muchacha sola para ir en busca del dueño del hotel.

Como no lo encontró en su sitio, subió al primer piso por si lo veía allí. Avanzó casi a tientas por el pasillo en penumbra, hasta que de repente se abrió una puerta a su izquierda.

Ken se sintió apresado por una mano suave mientras una voz decía:

—Ven, cariño.

Era una voz de mujer.

* * *

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Ken Barton se encontró en una habitación del hotel que daba a la parte trasera de éste. Una habitación, de todos modos distinguida y bien amueblada, que olía dulcemente a perfume caro de mujer.

Y era una mujer la que la ocupaba.

Tendría unos veintidós años y era rubia con los ojos azules. Resultaba muy hermosa, pero su sonrisa era cansada y un poco perversa.

—Me llamo Lupe.

—¿Qué quiere? —preguntó Barton—. ¿Quién es usted? —¿Mejicana?

—Sí.

—Pues no lo parece. Habla mal el inglés, pero no tiene acento español. Y es rubia y con los ojos azules.

—Cosas que pasan. No crea usted que todas las mujeres del Sur somos morenas, señor Barton.

El hizo un gesto nervioso.

—Eso no vamos a discutirlo ahora. ¿Qué quiere?

—Quería hablar con usted, señor Barton. ¿No se sienta?

Ella lo hizo, como para invitarle, y cruzó las piernas con desenvoltura. Pero Ken no la imitó.

—Mejor estamos así —susurró—. ¿Qué quiere decirme?

—Que es usted la más bonita y perfumada basura que ha puesto los pies en Grants Pass, señor Barton.

—¿Por qué dice eso? ¿Quién se cree que es usted?

—Soy sencillamente una mujer.

Se puso en pie, y balanceando las caderas, se acercó al hombre. Cuando estuvo a dos pasos le dijo como si le escupiera el rostro:

—¡Soy una mujer que ha visto cómo iban a matar a una pobre muchacha por su culpa, señor Barton! ¡Pudo haberla tenido en su rancho, donde nadie se hubiese atrevido a atacarla, pero la ha traído aquí para evitarse complicaciones! ¿Acaso no ha oído hablar de «Araña» Kiss? ¿Acaso no sabe lo que le ocurrirá a esa pobre chica si él la atrapa?

—Nada que no le haya ocurrido ya cien veces.

Ella rechinó los dientes y golpeó dos veces a Barton con la mano derecha, sorprendiéndose ante la dureza granítica de las facciones del hombre.

—¡Miserable! —Escupió.

—¿Por qué dice eso? A lo mejor he sido yo el que ha salvado de morir a esa pobre chica.

Lupe lanzó una carcajada agria, violenta, mientras su bata se abría todavía más.

—¿Usted? ¿Por qué presume, muñeco? No me haga reír. Mientras sonaban los disparos en esa habitación, usted estaba en uno de los reservados del saloon de Ricket, bebiendo. Se ve desde aquí. Mire —señaló la ventana, a través de la cual, efectivamente, se veían las de un edificio frontero dedicado a saloon de muy dudoso aspecto—. Un buen sitio para empezar a indagar cómo son las chicas de esta tierra, ¿verdad? Pero usted, señor Barton, no sirve ni para eso. Ha estado ahí bebiendo solo, mientras otro hombre salvaba a la que ha de casarse con usted. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Volver a irse allí para beber?

Ken Barton seguía estando pálido. Le temblaba la mandíbula.

—Déjeme en paz —dijo—. Déjeme, se lo suplico.

Ella se acercó un poco más, entreabriendo los labios.

—¿Por qué no me besa?

—¿Cómo…?

—Le dejaré marchar en cuanto me bese. En cuanto me bese en mitad de la boca.

—¿Pero qué se ha creído? Usted es…, es…

—Yo soy una millonaria —rió Lupe—. Casi tan rica como usted, dulce marrano. Ande, vaya al Banco de esta pequeña ciudad y

entérese del dinero que tengo depositado. Supongo que una vez lo sepa me mirará con otros ojos, porque usted sólo da importancia a la riqueza. Ande, váyase.

—Está usted loca.

—Quizá, pero como me sobra el dinero, voy a contratar gatillos profesionales para que defiendan a esa pobre mujer.

—¡Haga lo que quiera, pero déjeme en paz!

Ken abrió a medias la puerta, dispuesto a salir, pero antes de hacerlo, susurró:

—¿Por qué… me ha pedido que la besase?

Ella rió brutalmente.

—Por simple curiosidad —dijo—. Me han besado muchos hombres, pero jamás me había besado un cerdo.

Barton salió de la habitación.

CAPÍTULO VIII

Los fantasmas parecían galopar por la llanura cuando Ken Barton salió a la calle y miró al final de ésta, donde comenzaba una extensión pelada y yerma, lisa como la palma de la mano, y que llegaba hasta las orillas del río Rogue.

Los fantasmas eran los de su hermano, su padre y él mismo. Porque Ken Barton creía ver flotar sobre la aura su propio fantasma, junto a los de su padre y su hermano, en las noches de luna como aquélla.

Ahora las nubes bajas se habían disipado y sobre la blancura titilaban además millones de estrellas.

Vio a Sigrid en el porche.

La muchacha estaba sola allí, desafiando el peligro pudiese llegarle desde cualquier parte. ¡Porque resultaba tan fácil enviarle una bala desde la oscuridad! Pero ella no parecía saberlo.

Fumaba lentamente un cigarrillo, enviando las volutas de humo hacia la quieta atmósfera.

Barton se acercó a ella.

—¿Qué hace aquí?

—Esperaba que usted me diera instrucciones, señor. ¿No dijo que iban a cambiarme de cuarto?

—Es verdad, lo había olvidado… —Ken se llevó la mano derecha a la frente—. No he visto al dueño por ninguna parte y no he podido decírselo. Pero ocupe usted la habitación que le plazca, entre las que están vacías. Yo corro con todos los gastos.

—Eso es lo que usted sabe decir mejor, señor Ken.

—¿El qué?

—Esa frase: Yo corro con todos los gastos. Se nota que es usted rico desde que nació.

—¿Y qué? ¿Le molesta eso?

—No, no, señor Barton… Sólo me molesta una cosa.

—Dígala.

Ella entrecerró los ojos.

—Me molesta que no me haya besado aún.

Los labios de Ken Barton temblaron un momento, sólo un momento, y en ese breve período de tiempo, sus ojos parecieron muy distintos. Pero en seguida volvió a ser el de siempre.

—Usted no desea que la bese —dijo.

—¿Por qué no? Va a ser mi esposo…

—Eso no significa que yo le guste. Y haga el favor de no complicar más las cosas, Sigrid. Me parecía mucho mejor en su papel de niña asustada. Vaya a su habitación, cierre la puerta con llave y no abra a nadie, absolutamente a nadie. Yo veré mañana qué es lo que se debe hacer.

—¿Mañana?

—¿Por qué dice eso?

—Porque mañana puede ser tarde, señor Barton.

Mañana puedo ser un hermoso cadáver ante el que los hombres se quiten el sombrero. Pero a usted eso no le importa, ¿verdad? Usted desea casarse con la hija de los Brown, sus vecinos, para unir así los dos ranchos mayores de la comarca.

—¿Quién le ha dicho eso?

—La gente habla de usted, señor Barton, y una oye cosas sin querer. No se puede ser una persona importante.

Barton se mordió el labio inferior.

—Aún no he pensado casarme.

—¿Ni conmigo?

—Ni con usted. Adiós, Sigrid.

Dio media vuelta y fue a la oficina del *sheriff*, para cerciorarse de que ésta se hallaba cerrada. Luego regresó al hotel, dándose cuenta de que Sigrid había desaparecido del porche.

El dueño estaba cerca de la puerta, y Ken Barton se encaró con él.

—¿Ha entrado ya la señorita Sigrid?

—Sí, señor Barton.

—¿Qué nueva habitación le ha dado?

—Ella no me ha pedido ninguna, por lo que debe estar en la

misma. Pero le garantizo que la hemos limpiado escrupulosamente y que hemos puesto en la puerta un cerrojo de seguridad.

—¿Quiénes eran los muertos?

El dueño del hotel se retorció las manos nerviosamente.

—Verá usted, señor Barton… Yo no puedo echarles, eran siete, y ahora dos de ellos están muertos. Los otros no han dicho nada, pero me temo que preparen su revancha. No puedo llamar a su habitación y decirles que se vayan…

—¿Quiénes son?

—Sólo uno de ellos firmó en el libro registro.

El hotelero fue hasta el mostrador, tomó el libro y se lo ofreció a Barton abierto por la última hoja. Éste leyó el nombre que ya suponía iba a encontrar allí: «Araña» Kiss.

Pero no hizo ningún comentario.

—Dejaremos eso para más adelante —se limitó a decir, transcurridos unos segundos—. Ahora quisiera ver a otra mujer que sin duda se hospeda en este hotel también.

—¿A quién se refiere, señor?

—A una mujer ya anciana. Se llama Magda y está ciega.

El dueño del hotel hizo una mueca.

—Ya sé… Menudo trabajo va a darnos, señor Barton… Como está ciega, va a necesitar una doncella para ella sola.

—No se preocupe. Yo corro con todos los gastos.

La frase pareció gustar al dueño del hotel, que se frotó las manos satisfecho.

—¿Qué habitación ocupa? —preguntó Barton.

—La veinte, señor, en una especie de altillo que tenemos junto al tejado. Es el lugar más tranquilo para una anciana como ella.

—Gracias.

Ken subió al último piso, pero no fue directamente a la habitación de la que muchos años antes fue su ama de cría y la de su hermano. Por el contrario, entró en uno de los cuartos de aseo para arreglarse. Luego salió y volvió a entrar. Parecía no sentirse muy satisfecho de su aspecto.

Decididamente, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de la anciana.

—Adelante —dijo una cascada voz.

Ken empujó la puerta y entró. Un suave olor a humedad le

recibió en aquella habitación que debía usarse muy raras veces. Eso y el olor típico que perduraba a través de los años, un olor como de verduras frescas que siempre parecía emanar de la vieja Magda.

Ésta, con los ojos muy abiertos pero sin mirar a ninguna parte, estaba sentada en un sillón enfrente de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿No me conoce, Magda?

El rostro de la mujer se iluminó en una sonrisa, mientras tendía ambos brazos hacia la oscuridad.

—¡Ken!

—¿Qué tal, Magda?

—Señor Ken, he de darle las gracias. Creí que nunca ¡nunca más!…, tendría la suerte de oír su voz. Usted y su señor hermano se habían ido tan lejos…, Ya sé que le debo mi libertad. El *sheriff* me ha dicho que fue gracias a usted.

—No tiene importancia, Magda.

—¿No me dejará que le bese?

—Claro que sí, Magda. ¡Me había besado tantas veces siendo niño! No, no se mueva.

Fue él a su encuentro y bajó la cabeza. Ella se la sujetó suavemente, muy suavemente, con ambas manos y depositó un beso en cada una de sus mejillas, mientras las lágrimas resbalaban de sus ojos. Hubo en aquel gesto tan sencillo, tan humilde, una especie de religioso fervor. Aquella anciana, cuyo único hijo acababa de morir, le entregaba toda su alma con aquellos dos pobres besos.

—¡Antes, cuando eras un niño…, te ponías tantas veces así! —susurró—. Vuestra madre no podía criaros y pasabais todas las horas conmigo. Me querías casi tanto como a ella, ¿verdad? Yo os besaba una vez y otra como a mi propio hijo. Porque yo sí que os quería como hijos míos, Ken…

El se desasió suavemente de la presión de las manos de la mujer.

—Han pasado muchos años, Magda, pero agradezco que lo recuerde.

—¿Cómo eres ahora, Ken?

—Pues…, un hombre como todos.

—No, tú no eres como todos, Ken. Eres alto y fuerte, eso se nota en seguida por tus movimientos. También eres distinguido, pues tienes una voz bien timbrada y selecta. Me han dicho que llegaste a

estudiar en una importante universidad del Este.

—Sí. En la de Harvard.

—¿Y qué eres ahora?

—Ingeniero.

Las facciones de la anciana se iluminaron aún más. El orgullo, como si ella fuese la verdadera madre, asomaba por todos los poros de su piel.

—¡Ken, eso es maravilloso!

—Esta tierra no necesita ingenieros, Magda, sino hombres decididos. Y yo no lo soy.

—No digas eso. Tú siempre fuiste valiente y generoso. En los juegos eras el primero. Lo que ocurría era que resultabas…, ¿cómo diría?, un poco sentimental. A veces preferías estar solo.

—Una costumbre como otra cualquiera.

—¿Sigues así?

—Sí. Continúo solo.

—¡Cuánto daría por poder verte aunque sólo fuera un minuto, Ken!

El le estrechó la mano.

—No piense más en eso, Magda, puesto que ya no tiene remedio. Pero ya que no puede verme, me oirá al menos casi todos los días. Yo vendré de vez en cuando a la ciudad, porque la vida en el rancho es muy aburrida, y entonces subiré a esta habitación a verla. Tenga la seguridad de que ya no le faltará nada mientras viva.

—Gracias, Ken. De no ser por ti…

—No piense más en eso.

—Pero yo creo que ocasionaría menos gastos si me llevases al rancho. Me gustaría morir allí…

Ken se mordió el labio inferior.

—Al principio me ha asustado un poco, cuando he visto que me llamaba «señor Ken» —dijo calmosamente, pero ahora veo que me trata con más confianza, como debe ser. Escuche, Magda, por el momento no pienso llevarla al rancho. Van a suceder cosas allí, y no será un lugar tranquilo. Yo la avisaré cuando puede trasladarse.

La vieja, que no había notado el menor síntoma de falsedad en aquella voz, suplicó:

—Pero ven a verme… ¡Ven a verme al menos, Ken! Prométeme lo que me ha prometido tu hermano Jeff.

—¿Es que Jeff… ha venido aquí?

—Claro, Ken… Pocos minutos antes de venir tú. ¡Si hasta creí que os habíais tropezado en la puerta!

CAPÍTULO IX

Un rifle apuntaba directamente a la puerta del hotel «Excelsior» cuando Ken Barton fue a salir por ella. El rifle estaba sostenido por unas manos firmes, seguras y que no se movían una sola pulgada. Sólo cuando la figura del hombre se recortó en el umbral de la puerta, aquellas manos se movieron levemente.

Lo justo para apretar el gatillo.

La detonación resonó haciendo estremecer la noche. Ken, que se había vuelto para mirar si había luz en la ventana de Sigrid, giró inconscientemente el cuerpo un par de pulgadas, lo suficiente para que la bala que había de clavarse en su corazón sólo le rozara una de las costillas.

Sintió un dolor vivísimo y al instante sintió también que una cosa cálida se deslizaba por su costado izquierdo.

Comprendió que la bala sólo le había rozado el hueso, para llegar a empotrarse en su cuerpo, pero el dolor era tan vivo que con gusto hubiera gritado de no ser ello vergonzoso para un hombre. Se dejó caer y sacó el revólver que llevaba al costado derecho, pero lo hizo con muy poca maestría y comprendió que su enemigo sería más rápido.

Giró entonces sobre sí mismo con toda la velocidad posible, comprendiendo que el disparo iba a repetirse.

En efecto, el rifle crepitó otra vez, y una bala de calibre pesado se empotró en el polvo de la calle, justo allí donde unos segundos antes estaba la cabeza de Ken Barton.

Luego éste saltó hacia una zona de sombras, mientras disparaba a su vez con el revólver que ya tenía en la mano.

La bala se perdió.

En realidad, Ken no sabía a quién apuntar. No había visto

absolutamente a nadie.

Frente al hotel se extendían dos casas silenciosas medio convertidas en ruinas, cuyas paredes de madera carcomida no prestaban ningún apoyo al que se apoyase en ellas. ¡Y sin embargo, los dos disparos de rifle habían partido de allí! ¡El misterioso tirador era alguien que estaba apostado en aquel extraño sitio!

Barton, todavía hundido entre las sombras, donde sabía que ya no corría peligro, se puso en pie sintiendo que unas gotitas de sudor helado resbalaban por si frente.

¿Quién podía haber tenido agilidad suficiente para aguardar encaramado allí? ¿Un mono?

La sensación de algo inexplicable se iba apoderando de Ken Barton, quien sentía sus propios nervios como alfileres pinchándole en la piel.

Alguien salió de un saloon vecino. Era un tahúr que reconoció en seguida al poderoso Ken Barton.

—¿Qué ha sido eso, señor Barton?

—Nada Una rozadura…

—Tiene la camisa empapada en sangre…

Ken se llevó la mano hacia el costado izquierdo, y efectivamente, la retiró convertida en una enorme mancha roja.

—Me han acariciado una costilla, pero la bala no ha quedado dentro, que es lo importante. ¿Puede usted hacerme una cura?

—Claro que sí, señor Barton. Y en seguida llamaremos al médico.

El joven heredero del rancho más importarte de Oregón fue introducido en el saloon, donde había en aquellos momentos unas veinte personas, y se le invitó a sentarse en una silla. Su levita y su camisa fueron arrancadas, poniéndose al descubierto la herida.

El médico, al saber que cobraría la factura con absoluta seguridad, se presentó apenas dos minutos más tarde.

—¡Hum! —dijo al ver el impacto—. Ha tenido usted suerte, señor Barton. Por la línea que ha dejado el proyectil, se ve que la caricia iba directa al corazón, pero usted ha debido hacer un movimiento extraño en aquel instante. Se ha salvado por los pelos.

—Miraba hacia una de las ventanas del hotel cuanto me dispararon —dijo Ken.

—¿Sabe quién fue?

—O un mono o un gato. No creo que nadie más pudiera estar encaramado en aquel sitio.

—Bueno, lo importante es que no le han dado el pasaporte. Esto se curará si no se infecta. ¡Trae ginebra, Basil!

Basil era el tabernero. Trajo una botella de la mejor marca, y el médico, tras comprobar este importante extremo echando un trago que por poco la deja vacía, derramó el resto del líquido sobre la herida de Ken, quien tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no lanzar un aullido.

Luego la herida fue vendada sólidamente y Ken pudo vestirse de nuevo, ayudado por Basil.

—Le volveré a hacer una limpieza antes de veinticuatro horas —dijo el médico—. Si no tiene fiebre, no se preocupe. Por el contrario, si la temperatura es muy alta, avíseme en seguida.

—De acuerdo, doctor. Pase la nota de sus honorarios a «Rancho Barton» cuando quiera. Yo corro con toda los gastos.

Aquélla era la frase que más parecía gustar a Ken. El médico afirmó con la cabeza.

—Descuide, que pasaré. ¿Y ahora cómo ya a volver usted allí? ¿No necesitará un coche?

—Tengo mi caballo, gracias. Hasta el rancho hay un paseo. Repito que gracias, doctor.

Salió a la calle y contempló de nuevo las ruinas desde donde habían disparado contra él. ¿Quién podía haber encontrado apoyo en aquellas altas y delgadas paredes? ¿Un mono? ¿Un gato?

Esa misma pregunta, se la hacían otros hombres que estaban junto a una ventana del segundo piso del hotel «Excelsior».

«Araña» Kiss miraba atónito hacia las dos casas en ruinas.

—Os repito que los disparos han partido desde ahí —dijo mirando a sus hombres—. Yo no he visto los fogonazos, pero sí el humo de la pólvora. Y han tirado desde lo alto de esas paredes.

—¿Pero quién puede haber estado apoyado con el rifle en un sitio así? Porque los disparos eran de rifle…

—De eso estoy seguro —dijo otro.

—Y las paredes no ofrecen apenas ningún apoyo —gruñó un tercero—. Cuando aún había luz, me he fijado por curiosidad en ellas.

«Araña» Kiss miraba silenciosamente, a través de la calle, las

paredes en ruinas.

—Haría falta ser un mono o un gato —dijo—, sin embargo yo sé quién ha hecho esos disparos. No puede ser sino el mismo que ha tirado contra nuestros amigos desde la ventana del hotel, cuando iban a llevarse a Sigrid. El mismo que ha sabido deslizarse por encima de las letras y luego ha huido como un fantasma…

Hubo un pesado silencio después de estas palabras. Y aquel silencio fue roto por uno de los hombres de «Araña» Kiss cuando dijo:

—Sólo he sabido de un hombre que fuera capaz de hacer eso. Un tipo que vaga por todos los rincones del oeste y que se llama Jeff Barton…

CAPÍTULO X

Era diabólicamente hermosa aquella mujer sentada en el carruaje, con su estallante vestido dorado ceñido a sus formas, colocando las piernas de modo que se apreciara toda la extensión posible de sus finas medias. Miró a Ken y susurró:

—¿No subes, valiente?

Era ya un nuevo día, y toda la población de Grants Pass, antes fría y sórdida, parecía estallar de luz. Las mujeres iban a sus compras. Algunos vaqueros que no tenían gran cosa que hacer, se dirigían al saloon para primer trago de la mañana.

Y a Lupe, la mujer que le hizo entrar en su habitación la noche anterior, se le había ocurrido salir a pasear en su coche.

Insistió:

—¿No subes, valiente?

Ken llevaba vendado todo un costado, pero podía ir vestido con normalidad. Como no tenía fiebre y se sentía bien, había salido a la calle, después de pasar la noche en el pueblo. Pues a última hora había decidido no regresar al rancho, limitándose a enviar aviso a Holmes de lo sucedido, para que no se extrañara.

—¿Adonde vas? —preguntó.

—¡Vaya tontería! ¿Es que los hombres preguntáis a las mujeres dónde van cuando os invitan a pasear con ellas? ¿O es que tienes miedo?

Ken subió al carruaje y se sentó junto a ella. Lupe fustigó suavemente a los caballos con las riendas para que éstos emprendiesen un trote corto.

—Celebro haberte encontrado —dijo ella.

—¿Por qué?

—Me gustas.

Ken la miró de soslayo con sus extraños ojos grises, aquellos ojos que ella no había comprendido aún.

—¿Te gusto? Anoche no lo parecía.

—Te pedí que me besaras, ¿no?

—Y me llamaste cerdo.

—Lo cual no tiene importancia —dijo ella alargando los labios —, porque yo también soy una puerca.

—Será casualidad, pero a mí, las puercas no me gustan.

—¿De veras?

—No sé de dónde has salido, Lupe, pero te has equivocado de puerta. No eres más que una fresca a la caza de fortuna. Te has enterado de que yo soy uno de los hombres más ricos de todo el territorio y…

Ella lanzó una carcajada e hizo un gesto vicioso con los labios, mientras echaba hacia atrás la cabeza pan que él viese con claridad su hermosa garganta.

—¿De veras crees que soy una fresca? ¿De veras piensas que necesito un cochino dólar?

El vehículo pasaba en aquellos instantes frente al Banco local. Lupe lo hizo detenerse.

—¿Me acompañas? —preguntó a Ken.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Entraron en el Banco. Todos los empleados de las ventanillas inclinaron sus cabezas para saludar respetuosamente a Lupe. Ésta se acercó al cajero mientras sacaba con indolencia un talonario de cheques.

—Hola, Oscar —dijo.

—Buenos días, señora.

—Necesito unos papeluchos.

—Los que usted quiera, señora.

—Pongamos doce mil dólares. En billetes de a cien. Tengo que hacer unas cuantas limosnas.

Extendió con negligencia un cheque y lo tendió al cajero. Éste lo tomó con respeto, como si fuera una tarjeta entregada por un rey. Abrió la caja y sacó doce fajos de a mil dólares, divididos en billetes de a cien. Todo ello se lo tendió a Lupe, que lo guardó sin contar en su gran bolso de piel, ante la expresión admirada de todos los

empleados y del propio Ken Barton.

—¿Cuánto me queda ahora, Oscar? —preguntó al cajero.

—Un momento y lo consultaré, señora.

El cajero revisó un librote. Luego volvió a alzar la cabeza hacia su cliente.

—Quedan setecientos mil dólares, señora, los cuales, naturalmente, no tenemos aquí, sino que hemos enviado a la Central. Por su parte, ayer se recibió la noticia de una transferencia desde Nueva York. El «First National Bank» le envía a usted desde su casa de Wall Street una remesa de ciento cincuenta mil dólares.

Lupe exhaló un suspiro.

—¡Menos mal! Creí que no iba a tener dinero bastante para pasar el mes. Cuando haya gastado estas menudencias ya volveré a visitarles.

Se volvió entonces hacia Ken.

—¿Qué te parece, preciosidad? ¿Aún crees que soy una fresca que voy en busca de tu cochino dinero?

—No sé lo que eres, Lupe.

—Pues es muy sencillo Soy una fresca que va en busca de tus labios, Ken. Eres un hombre guapo.

—Nunca me ha gustado ser un capricho para nadie.

—Está bien. Entonces seré yo un capricho para ti. A mí sí que me gusta.

Toda esta conversación la tenían ya a cierta distancia de las ventanillas. Ken susurró:

—¿De dónde sacas tanto dinero, Lupe?

—Soy viuda, y mi marido, el tonto, me dejó dinero bastante para que pudiera interesar a otros hombres. A los aventureros los tendría así —hizo un gesto uniendo en piñón los dedos de su mano derecha —, pero a mí me interesan los ricos. Sólo los ricos, los distinguidos y los interesantes como tú. Los demás no saben tratar a una señora.

Añadió con desenvoltura:

—¿Vamos a seguir con nuestro paseo?

—Vamos.

En aquel momento, una leve sombra surgió del fondo del vestíbulo del Banco. Era la sombra de una mujer que hasta entonces había estado sentada en uno de los largos banquillos con respaldo adosados a las paredes. Se dirigió a Ken.

—Buenos días señor Barton. ¿No me recuerda?

El la miró. Notó que Lupe también la miraba, pero ella lo hacía desdeñosamente.

La aparecida era una mujer de unos veintitrés años, alta y bien formada, aunque más bien algo flaca. Llevaba un vestido color rosa bajo el que se marcaba su cuerpo fino, suave y elástico, un cuerpo digno de una bailarina.

Tenía los ojos negros y algo duros, unos ojos que parecían atravesar la piel. Y sus cabellos también eren negros, ondulados y recogidos en un moño sobre su nuca.

Ken susurró:

—Claro que la recuerdo. Usted es Susan.

—No nos habíamos visto desde que usted estaba en la Universidad de Harvard —dijo ella.

—¿Y qué hacía usted allí? —interrumpió Lupe—. ¿Servía de modelo a los alumnos para que éstos estudiasen las maravillas del cuerpo humano?

—¿Quién es usted? —preguntó duramente Susan.

—Pregunte a los empleados del Banco. Ellos le darán tantas noticias de mí como quiera, especialmente el dinero que tengo para prestarle si usted no puede comer muchacha.

Susan se quedó sin habla.

Miró a la desenvuelta Lupe con una expresión de acero en sus quietos ojos negros.

—Veo que va usted en buena compañía, señor Ken —dijo—. Disfrute mientras pueda. Si yo fuera hombre también me gustaría divertirme con mujeres así. ¿Volveremos a vernos?

—Cuando usted quiera, Susan.

—Entonces, hasta pronto.

—Hasta pronto, Susan.

Ella le tendió la mano. Había una expresión insondable en sus duros ojos negros.

Ken se la estrechó sin fuerzas, un poco abandonadamente, y salieron del Banco.

En la calle, Lupe preguntó:

—¿Quién es ésa?

—¿Aún no me he molestado en abrazarte y le tienes celos?

—Sólo lo pregunto —dijo ella, riendo— para saber el nombre de

la mujer que va a llorar por mi causa.

—Ya lo has oído. Se llama Susan y me conoció en Harvard. Ella no estudiaba allí, pero iba a la Universidad con frecuencia.

—¿Fue tu novia?

—No.

Subieron de nuevo al carruaje. Lupe lo hizo con tanta desenvoltura que todos los hombres que se habían congregado en la calle tuvieron que pasarse la lengua por los labios porque sintieron que la boca se les había quedado instantáneamente seca.

Luego, la mujer hizo arrancar a los caballos. Salieron de la población y avanzaron a poca velocidad por la llanura, yendo hacia las orillas del río Bogue.

Ken Barton tenía los ojos quietos, fijos, mirando hacia la llanura, pero dando la sensación de que no veía nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lupe—. ¿Sabes que eres un tipo raro?

—¿Por qué?

—¿Qué miras?

—Algo muy sencillo: la llanura.

—Pues tienes una expresión rara de verdad… ¡Ni que estuvieras viendo fantasmas!

—Es que veo fantasmas —dijo lentamente él.

—¿Cómo?

Lupe había palidecido.

—Veo tres fantasmas —susurró Ken—. El fantasma de mi padre, el de mi hermano y el mío propio.

—¿El tuyo? ¿Por qué?

—Yo también les voy a hacer compañía pronto.

—¿Pero qué dices?

—Nada, muchacha. Sencillamente, que sé que voy a morir.

—¿Estás loco?

—Voy a morir como murió mi padre.

—¿Y cómo murió tu padre?

—Un balazo. Supongo que no lo esperaba.

—Pero tú lo esperas. ¿Por qué? ¿Qué es lo que sabes?

—Nada. Dejémoslo.

—Me han dicho que en la ciudad está tu hermano Jeff. ¿Tienes miedo de que él te mate?

—¿Por qué había de hacerlo?

—El es un forajido, y tú te has quedado con toda la herencia de vuestro padre.

—Yo no le he quitado nada. En todo caso se lo quitó mi padre, o mejor dicho, se lo quitó él mismo al lanzarse a la pradera como un forajido más. No tengo miedo por eso.

—¿Entonces…?

—Déjalo. No lo comprenderías.

Ella hizo dar la vuelta suavemente a los caballos en la pradera solitaria, cuando llegaron a las orillas del río Rogue.

—¿Vas a casarte con Sigrid? —preguntó de repente cambiando de conversación.

—Creo que sí. Ésa es la condición que impuso mi padre para que yo entrara en posesión de la herencia.

—Pero él también se hubiera casado con ella de no haberle llegado la muerte. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenía de hacer eso? El era un millonario, y ella una… una…

—No es necesario que digas el nombre.

—Bueno, una mujerzuela. No una señora como yo claro, sino todo lo contrario. ¿Por qué tu padre iba a convertirla en su esposa?

Ken se mordió el labio inferior.

—No lo sé. Supongo que los hombres demasiado ricos, en cuanto llegan a una determinada edad, se dan cuenta de que con su dinero no han hecho ningún bien, de que no han enjugado una lágrima, de que no han ayudado a una mujer a vivir y a un niño a hacerse hombre. Mi padre, en un momento así, debió pensar que sería hermoso librar a una muchacha de las garras del mal. Por ello quiso casarse con Sigrid, y por eso me la impuso a mi antes de morir. Quería que yo la salvase porque él no había podido hacerlo.

—Pero he oído decir que «Araña» Kiss la va a matar. ¿A ti no te importa?

—¿De qué la conoce «Araña» Kiss?

—El estaba en Inglaterra cuando ella se vio obligada a ganarse la vida en los tabernuchos del puerto. Entonces Sigrid, según he oído decir, sólo tenía dieciséis años. «Araña» quiso que trabajara exclusivamente a su servicio, y como ella se negó le propinó una paliza fenomenal, dejándola por muerta. Pero Sigrid no había muerto, y dos días más tarde se vengó clavando la «Araña» un

cuchillo en la cadera. Desde entonces «Araña» camina de una forma extraña, ¿no te has dado cuenta? No pudo vengarse porque la policía inglesa lo apresó en una redada. Cuando él salió, Sigrid ya no estaba allí. Desde entonces, «Araña» la ha buscado per medio mundo para vengarse. Pero en el fondo la desea. El tormento de «Araña» Kiss está en que jamás podría hacerla suya; sólo conseguirá destruirla.

El miró a lo lejos las casas de la ciudad, aplanada sobre la llanura como una mano muerta.

—Sabes muchas cosas, Lupe.

—No olvides que vivo en el mismo hotel que esa muchacha. No salgo para nada de la habitación, e incluso me sirven allí las comidas, pero oigo decir cosas. Cuando tengo la ventana abierta, escucho todas las conversiones de la planta baja. Y ya puedes comprender que Sigrid es el tema de conversación de la ciudad entera.

—Claro, lo comprendo.

De pronto, Ken volvió la cabeza, casi con violencia, no muy cerca de él los labios viciosos e intensamente coloreados de Lupe.

—¿Por qué has salido conmigo, muchacha?

—No lo sé.

—Cuando me has invitado a subir a tu carruaje tenías un propósito bien definido. ¿No lo tienes ahora?

—No.

—¿Por qué?

—Eres un tipo extraño, Ken.

—Antes querías burlarte de mi, ¿verdad? Me has invitado a subir a tu coche para reírte. Estás acostumbre da a que los hombres sean unos muñecos a tus pies, pero yo no llegaba ni a eso.

—Es cierto.

—¿Y por qué no te ríes ahora?

—Porque eres un tipo muy extraño, Ken. Estaba segura de que no sabías ni besar, pero ahora tengo la duda.

—¿Sí?

Ella apretó los labios.

—Bésame, Ken.

—¿Y si no supiera?

—De todos modos, hazlo, Ken.

Los labios rojos y viciosos de la mujer se habían entreabierto, acercándose más.

—Prueba…

Ken la besó, enlazándola con sus brazos. Lo hizo sin pasión, sin ansia, y sin embargo, Lupe quedó sintiendo algo muy extraño en sus labios y en su pecho, sabiendo que si aquello hubiera durado diez segundos más, ella habría terminado por ahogarse.

Pero él la soltó.

—Volvamos a la población —dijo ella con un soplo de voz—. Volvamos…

—Estás muy alterada. ¿Por qué?

Ella oprimió nerviosamente las riendas, excitando a los caballos y haciendo que éstos se lanzasen a un galope loco a través de la llanura, en dirección a Grants Pass.

—Por lo bien que sabes besar… —musitó—. Por lo extrañamente bien que besas…

CAPÍTULO XI

«Araña» Kiss, tendido en la cama, consultó un viejo reloj de latón que colgaba mediante una cadena de uno de los bolsillos de su chaleco.

—Las siete de la tarde…

—Llevamos dos días enteros encerrados aquí —dijo uno de sus hombres—. ¿Cuánto va a durar esto?

—Tú te callas.

—Pero tenemos derecho a saber… —exclamó otro—. ¿Es que hemos venido a Grants Pass sólo para matar a una chica?

—Sí.

—¿Y por qué no lo hacemos?

«Araña» Kiss, desde la cama donde pasaba tumbado todo el día, miró a los cuatro hombres que quedaban a sus órdenes. Llevaban dos días metidos allí, fumando y bebiendo incansablemente, y estaban con los nervios a punto de estallar. Acostumbrados a la acción, aquella inmovilidad les resultaba insoportable.

—¿No recordáis al dueño de la funeraria? —preguntó—. Nos dijo que todos nosotros teníamos pagado un entierro de primera.

—¿Es que vamos a tragamos las amenazas de esa individua? ¿Es que vamos a tener miedo de ella?

—Claro que no.

—Entonces…

—He estado esperando un momento favorable, y ese momento se presentará hoy. Me ha dicho el dueño del hotel, que el *sheriff* va a volver, advirtiéndome con medias palabras que lo mejor será que nos larguemos de aquí. En efecto, nos iremos, y la muchacha se confiará. Pero media hora después volveremos por ella.

—¿Para matarla?

«Araña» Kiss se pasó cuidadosamente la lengua por los labios, en una repulsiva mueca de placer.

—No. No vamos a matarla aún. A esa muchacha la quiero viva.

—Pero eso será más difícil…

El jefe se pasó otra vez la lengua por los labios, haciendo más intensa y repulsiva su mueca.

—¿Y qué, imbéciles? —susurró—. ¿No habéis visto a Sigrid bien? ¿Creéis que no valdrá la pena?

CAPÍTULO XII

A través de su ventana, Lupe vio a Ken Barton bebiendo en el reservado del saloon. Estaba solo, con el sombrero ligeramente echado sobre los ojos, pero al cabo de unos instantes entró una chica. La chica se sentó frente a él, y Barton le llenó una copa. Brindaron y estuvieron hablando entre sorbo y sorbo.

Lupe supuso que la conversación sería muy interesante.

«Ya ha empezado a buscarse bailarinas —dijo para sí, mientras corría las cortinillas—. Me extrañaba que un tipo joven y con tanto dinero no se buscase alguna diversión en una ciudad como ésta. Y, mientras tanto, la que ha de ser su mujer se pudre sola en una habitación del hotel. Hay cosas que dan asco…»

Lupe encendió un cigarrillo, se sentó en una butaca, cabalgó descuidadamente una pierna sobre otra y se puso a fumar nerviosamente.

Mientras tanto, «Araña» Kiss y sus cuatro hombres se disponían a terminar el trabajo que les había llevado a Grants Pass.

Kiss daba en el cuarto las últimas instrucciones.

—Tenemos dos factores a nuestro favor —dijo—. El primero, que el *sheriff* no está en la ciudad, y no va a entorpecer nuestros propósitos. El segundo, que el dueño de este hotel y todos los que le rodean son unos cobardes. Por tanto, podremos realizar el trabajo con facilidad.

—Siempre y cuando no aparezca aquel fantasma de la otra noche —dijo uno de sus hombres.

—¿Y por qué había de aparecer? Aquello fue una cosa inexplicable. Incluso creo que en realidad aquella especie de fantasma quería matar a Ken Barton y a nadie más, pues alguien muy parecido fue el que, anoche, disparó contra él su rifle. Además,

ahora vamos a dar una pista falsa. Ya sabéis que fingiremos marchar de la ciudad.

Sus hombres asintieron.

Llevaban sus equipos completos y sus revólveres bien encajados, como si se dispusieran a marchar de viaje.

—Vamos —decidió Kiss.

Salieron los cinco y descendieron a la planta baja del hotel. El dueño les tenía preparada una factura muy modesta para que no se quejaran. Además, les había puesto los caballos, gordos y relucientes, en la puerta, no fuera que cambiasen de propósito.

«Araña» Kiss pagó sin rechistar y salieron todos.

El dueño del hotel suspiró, aliviado, cuando se esfumó por completo el ruido de sus caballos.

No fue el único.

Desde una de las ventanas del primer piso, Sigrid suspiró también al ver alejarse a la cuadrilla.

«No creo que vayan muy lejos —murmuró para sí—, pero por el momento quizá me dejen en paz. Deben tener miedo…»

En aquel momento se abrió la puerta de su habitación, y ella se volvió con un sobresalto. Pero inmediatamente sus labios se distendieron en una sonrisa. La recién venida era Lupe.

—Hola, Sigrid.

—Hola.

Lupe todavía llevaba el cigarrillo en los labios. Lo dejó caer, mientras se sentaba en una butaca con gesto de preocupación.

—Sigrid, esto no puede continuar —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No puede continuar, repito. Has tenido demasiada suerte hasta ahora, pero yo me siento responsable. Todo lo que estamos haciendo es absurdo y criminal, Sigrid.

La muchacha se sentó también. Las dos mujeres quedaron frente a frente, mirándose.

Hubiera sido difícil encontrar juntas en cualquier otra ciudad del noroeste dos bellezas tan notables, tan tentadoras y tan solas. Las dos mujeres se parecían en cierto modo, pero viéndolas una al lado de la otra se apreciaban importantes diferencias. En Sigrid todo era puro, limpio. En el rostro de Lupe, en cambio, se advertían las huellas de un secreto dolor y de un cansancio infinito.

—¿Por qué dices que esto no está bien, Lupe? —musitó Sigrid—. Tú misma lo aceptaste cuando te lo propuse.

—Lo hice porque entonces te odiaba.

—¿Me odiabas?

—Sí, Sigrid, con toda mi alma.

Sigrid suspiró y plegó mansamente sus manos encima de la falda.

—Escucha, Lupe; yo te he arrebatado lo que legítimamente era tuyo. Cuando tú naciste, tu padre, que entonces no era más que el patrón de un pequeño buque de cabotaje, os abandonó a ti y a tu madre de la forma más indigna, y nunca más volvió a saber de vosotras. Luego, cuando se produjo la guerra civil en los Estados Unidos, ganó una auténtica fortuna burlando el bloqueo de los nordistas y llevando armas y municiones para los del Sur. Fue entonces, al convertirse en multimillonario, cuando se arrepintió de su incalificable acción. Lo único que tiene a veces el dinero de bueno es que nos hace avergonzarnos de los procedimientos innobles que empleamos para conseguirlo.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Tu padre había querido ser un hombre libre, *sir* ninguna clase de ataduras morales, para hacer fortuna en el mar, y una vez conseguido esto, os buscó a tu madre y a ti por todas partes. Pero ya era demasiado tarde. Tu madre había muerto y de ti nada se sabía. Entonces, durante un viaje que hizo a las costas de Islandia, me adoptó a mí, la hija de unos pobres pescadores.

Otra pequeña pausa.

—Me cubrió de oro, y de la noche a la mañana pasé a ser una de las mujeres más ricas y envidiadas del mundo. Yo no creía que hubiera ningún sucio secreto en el pasado del que ahora era mi padre, pero en su lecho de muerte él me confesó que tenía una hija a la cual legítimamente pertenecían todos sus bienes. No puedes imaginarte lo que eso me afectó. Me di cuenta de que al encontrar mi cariño había dejado de buscarte, de que yo había robado tu puesto y de que en cierto modo era responsable de cualquier cosa que pudiera haberte sucedido.

—Sólo somos responsables de las cosas que hacemos —dijo sordamente Lupe—. No de las que no hacemos. Como si no la hubiese oído, Sigrid prosiguió:

—Podía haberme guardado la herencia para no acordarme más de ti, pero la conciencia no me dejaba vivir. Decidí entonces buscarte de verdad, y con los datos que él ya había reunido antes pude dar contigo. Pero el descubrimiento me horrorizó, Lupe. Estabas convertida en una mujerzuela de los peores antros de Liverpool. Este descubrimiento me horrorizó, y fue como darme cuenta de que yo, con mis propias manos, había matado a una hermana mía.

—Además, debió ser terrible para ti escuchar mis insultos —dijo Lupe—. Recuerdo que al saber quién eras te dije cosas horribles, cosas tan espantosas que, a pesar del ambiente en que había vivido, me quemaban los labios. Entre otras cosas te dije que no estarías arrepentida, y que en el fondo eras mucho más mujerzuela que yo.

Las manos que Sigrid tenía sobre su falda se habían entrelazado nerviosamente, acusando una gran excitación.

—Para demostrarte que yo estaba arrepentida de verdad —susurró—, y que no quería hacerte ningún daño, te propuse cambiar nuestros papeles. Tú ibas a ser deportada aquí, al territorio de Oregón, y yo soborné a uno de los oficiales de la policía para que retirara tus documentos de la carpeta y pusiera unos míos. Al propio tiempo te transferí todo el dinero de mis cuentas corrientes. Quería sufrir todo lo que tú habías sufrido, quería que me doliese en mi propia carne el mal que te habíamos hecho mi padre y yo.

Lupe dijo, con voz que la emoción hacía ronca:

—Y yo acepté porque te odiaba, porque quería verte sufrir. Pero cuando te vi embarcar, cuando me di cuenta de que todo era irremediable, sentí como si una aguja envenenada se me clavara en el pecho, Sigrid. Fue horrible… Y decidí, entonces, venir yo también al territorio de Oregón, estar cerca de ti y ayudarte si era preciso. Pero tú no me dejas…

—De todos modos parece como si estuviera condenada a ser rica —musitó Sigrid—. Ya sabes que tengo que casarme con un millonario.

—¿Y… vas a hacerlo?

—¿Por qué no? Prometí sufrir todo lo que tú habías sufrido.

—Pero tú no le amas…

—Yo no pregunto. Yo sólo sé que tengo que pagar.

—Sin embargo, es un hombre extraño…

—¿Por qué?

—Sus ojos… ¿No te has fijado en sus ojos? A veces parecen los de un cobarde, y a veces… hay un abismo tras ellos.

Mordiéndose el labio inferior, Lupe añadió:

—Además, dice que va a morir.

—¿Cómo sabe eso?

—Lo ignoro. Parece estar seguro de que morirá del mismo modo que murió su padre. Incluso ha creído ver su fantasma en la llanura, como el que ve su propio ataúd.

—Apenas he hablado con él —musitó Ingrid—. No puedo juzgarle, pero me gustaría conocer su secreto.

—Tú y yo tenemos un secreto más importante, Sigrid. Un secreto que puede costarte la vida.

—¿Te refieres a «Araña» Kiss?

—Sí. «Araña» Kiss no te ha visto aún. Cree que estoy aquí bajo el nombre de Sigrid, pero que soy yo misma, Lupe, la que él ha conocido y humillado. Si ahora nos viera juntas se daría cuenta de su error, pero mientras tanto, es a ti a quien quiere matar. Por eso es necesario que marches del hotel. Acabará consiguiendo sus propósitos.

—«Araña» Kiss ha salido.

—Pero volverá. Tiene que volver, porque él nunca abandona una presa. Más bien creo que lo de su marcha ha sido una trampa.

«Araña» Kiss, en efecto, acababa de volver. Mientras tres de sus hombres entraban en el hotel por las ventanas traseras, tomando posiciones, él y su lugarteniente de confianza penetraban en un saloon contiguo a beber un trago, para dar tiempo a sus compañeros a situarse. Y fue en aquel saloon donde presenciaron la pelea más increíble de toda su existencia.

El ya había oído hablar de Joss Grundall, llegado a Oregón desde las montañas de Nevada. Pero no hubiera podido nunca imaginar que su habilidad y su salvajismo con el cuchillo fueran tan extraordinarios.

Joss acababa de disputar con un vaquero por culpa de una mujer. El vaquero desenfundó el revólver, pero Joss, que sólo llevaba dos cuchillos, lanzó uno clavándolo en la muñeca derecha de su adversario. Dejó que éste se lo desclavara, empuñándolo salvajemente con la izquierda, lanzándose los dos a un bestial acoso

en el centro del saloon. Joss se divirtió con su enemigo tanto como quiso, parando sus golpes con increíble facilidad, y cuando lo tuvo maduro, cuando ya el otro lloraba derrotado, le asestó su golpe favorito, un golpe que en muchos lugares de Nevada se conocía por «Cruz Grundall». Hizo velozmente tres cortes en el pecho de su enemigo, mitad en forma de cruz mitad en forma de «Z», y le arrancó el corazón. El golpe levantó gritos de asombro y de horror a todos los espectadores porque fue el propio corazón el que pareció salir solo de aquel cuerpo.

«Araña» Kiss estaba atónito y maravillado a la vez.

¡Si él pudiera tener un tipo así en su banda! ¡Si él pudiera hacerse con los servicios de Joss Grundall!

Pero por el momento tenía cosas más importantes en que pensar. Debía eliminar a la mujer que se había burlado de él, a la que le había tratado como un muñeco.

Calculando que sus hombres ya habrían tomado posiciones, guardándole la espalda, fue hacia el «Excelsior» y entró por las cuadras, mientras su lugarteniente quedaba apostado frente al hotel, fumando con indolencia, pero en realidad vigilándolo todo, principalmente las letras del rótulo, donde la vez anterior se había apoyado para avanzar su misterioso atacante.

Mientras tanto, sus otros tres hombres le guardarían el pasillo. El golpe, contando ahora además con la sorpresa, no podía fallar.

Penetró en el edificio principal del hotel por una portezuela de servicio y de puntillas fue hasta la habitación de la muchacha. Vio las sombras de sus pistoleros guardándole el pasillo. Respiró tranquilo.

Desenfundando su revólver, dio un empujón a la alerta y entró, mientras levantaba el martillo del arma.

Las dos mujeres, Sigrid y Lupe, aún estaban reunidas allí. Ambas a la vez se levantaron ahogando un grito.

«Araña» balbució:

—Pero…

Se daba cuenta del parecido de ambas y de que tal en la primera ocasión sus hombres sufrieron un error. Pero él decidió evitarse complicaciones eliminándolas a las dos.

Con una sonrisa satánica, levantó el revólver.

—Ven… —Silabeó—. Ven y besa a «Araña» Kiss antes de

morir… ¡Bésame, maldita!

En aquel momento, en la calle, frente al hotel, sonó un disparo.

El lugarteniente de «Araña» había visto a alguien que se acercaba, y en el primer momento no pudo creerlo. Tuvo como una crispación al encontrarse frente a los ojos asesinos de aquel hombre. Mientras lanzaba una maldición, levantó su revólver y trató de hacer fuego.

No pudo.

El hombre que estaba frente a él, a unos doce pasos disparó a través de la funda y le envió una bala en medio de las dos cejas. El lugarteniente de «Araña» cayó muerto al instante, con una expresión de asombro que hubiera aclarado muchas cosas a su jefe. Pero su jefe tuvo la desgracia de no verlo.

Iba ya a apretar el gatillo en la habitación del hotel cuando escuchó aquel disparo.

Bruscamente, su mano se inmovilizó. Su sexto sentido le dijo que aquella detonación tenía algo que ver con él.

Saltando de costado, fue hacia la ventana de la habitación y miró a través de ella la calle. Vio dos cosas. A su lugarteniente muerto entre un charco de sangre y a un hombre que corría hacia el hotel. Ver aquel hombre le produjo una tal contracción de sorpresa que estuvo a punto de soltar el arma.

—¡Cuidado! —aulló para que lo oyeran sus tres pistoleros—. ¡Cuidado! ¡Van a entrar!

Dio media vuelta y se dispuso a disparar contra las dos mujeres, pero el hombre que estaba en la calle debió ver su silueta recortada en los cristales e hizo fuego rápidamente. La bala casi arrancó una oreja a «Araña» Kiss, haciéndole lanzar un aullido de dolor mientras su sangre salpicaba brutalmente la pared.

No queriendo arriesgarse a un segundo balazo, «Araña» se arrojó al suelo y gateó hacia la puerta. Las dos mujeres habían volcado ya la cama parapetándose tras ella, de modo que dos balas que envió al azar se perdieron inútilmente entre la lana del colchón. Lanzando un aullido, «Araña» Kiss casi tropezó con sus dos pistoleros.

—¡Ya debe estar subiendo por la escalera! ¡Cuidado…!

En aquel momento vieron una silueta al fondo del pasillo Era una silueta que no se distinguía con claridad, y aún así resultó inconfundible para los tres forajidos.

Uno de ellos balbució:

—¡Pero si es…!

No tuvo tiempo de acabar la frase. Un fogonazo brotó junto a la silueta, y la bala atravesó de parte a parte la cabeza del pistolero.

«Araña» jadeó:

—¡Maldito! ¡No podrás! No, mald…

Disparó frenéticamente mientras hablaba, moviendo el revólver en forma de abanico y rociando con sus balas el fondo del pasillo. Pero el hombre se había pegado ya a la pared, con la agilidad de un mono, y de su revólver brotaban nuevos fogonazos.

Demasiado tarde se dio cuenta «Araña» Kiss de que su adversario estaba en una zona de penumbra, mientras que ellos habían cometido el error de situarse a la luz de la puerta abierta de la habitación. Sintió la mordedura del plomo en el pecho, y sobre su camisa cayó una rociada de sangre que provenía de la garganta de su único pistolero, cuya yugular había sido seccionada por un balazo.

Kiss cayó a tierra.

Barbotó:

—¡Maldito…!

Una segunda bala lo envió hacia atrás hecho un guiñapo. Fue una bala cruel, certera. Una bala de las que no perdonan.

CAPÍTULO XIII

Un silencio espantoso se hizo en el pasillo del hotel después de aquellos disparos. Tanto Lupe como Sigrid sentían el cerebro sacudido por las detonaciones, y tenían la sensación de ahogarse con el humo de la pólvora, que en unos instantes había llenado la habitación.

Fue el silencio, aquel silencio sobrecogedor, lo que les dio fuerzas para moverse. Poco a poco salieron de la habitación y miraron al fondo del pasillo, pero no pudieron ver al hombre que las había salvado.

Sólo a los dos pistoleros de «Araña» Kiss, uno de los cuales estaba muerto y el otro debatiese aún en los espasmos de la agonía. En cuanto a «Araña», no se veía ni rastro por parte alguna.

Fue Lupe la que notó aquel detalle sobrecogedor apretando el brazo de Sigrid, musitó:

—Fíjate…

Un espeso rastro de sangre llegaba hasta la ventana del fondo del pasillo, la cual estaba abierta. Las cortinillas flotaban al viento, pero esas cortinillas también estaban manchadas de sangre.

Parecía como si un agonizante hubiera pasado por allí, apartando aquellas cortinillas con sus manos espantosamente rojas.

Y, en efecto, «Araña» Kiss había reunido sus últimas fuerzas para saltar por aquella ventana.

Se oyó un grito en la calle cuando su cuerpo, convertido en un guiñapo, cayó desde un primer piso y rodó sobre el polvo.

Pero «Araña» Kiss aún no había muerto. Y antes de abandonar este mundo quería dar a alguien su último mensaje.

Se levantó y fue tambaleándose hacia el saloon. Ni él mismo se daba cuenta de que estaba dejando toda su sangre por el camino.

Algunos de los espectadores lanzaron gritos de horror.

Igual que un espectro, «Araña» entró en el saloon donde antes viera actuar a Joss Grundall.

Joss estaba allí. Al pistolero le pareció verlo flotar en medio de una neblina roja.

Le llamó:

—Joss…

—¿Qué quieres tú, guiñapo?

—Joss, necesito pedirte algo… antes de morir.

—Joss Grundall no hace favores. A menos que quieras que te ahorre sufrimientos arrancándote el corazón de un solo tajo. Ese favor sí que te lo haré gustoso.

—Voy a pagarte…

—¿Cuánto?

«Araña» Kiss sacó una bolsa de piel de uno de los bolsillos interiores de su chaleco. Había allí al menos veinte monedas de oro. Representaban una bonita fortuna.

—Esto es tuyo, Joss…

El cuchillero se acercó, interesado, y recogió la bolsa sopesándola con la mano derecha.

—¿Qué hay que hacer? Habla pronto. Te estás desangrando…

«Araña» Kiss sentía que le fallaban las fuerzas. Sujetándose a la barra para no caer, masculló:

—Debes… matar…

—¿A quién?

—Un tipo que… maneja muy bien el revólver… Guárdate de él si tiene armas de fuego… Pero en cambio, podrás vencerle fácilmente si empleas… el cuchillo…

Joss Grundall sonrió. Pero su sonrisa fue más bien una horrible mueca.

—Yo siempre empleo el arma blanca. ¿Quién es el palomo?

—Prométeme… que lo matarás.

—Claro que sí… Tú has oído hablar de Joss Grundall. ¿Falló alguna vez en su trabajo?

—No… Eso es cierto.

—Puedes darlo por muerto.

—Quiero que le hagas… la «Cruz de Grundall»…

El cuchillero lanzó una carcajada.

—Claro que sí, muñeco, claro que sí. Tienes mi promesa. Y ahora puedes reventar tranquilo. Pero antes dame el nombre del pajarito.

«Araña» Kiss le dio el nombre con toda claridad. Pero como su voz era tan débil, sólo pudo llegar a oídos del propio Joss, que le mantenía sujeto por la camisa.

Luego lo soltó. «Araña» ya no tenía ni una gota de sangre en el cuerpo. Estaba diez veces muerto.

Joss Grundall repitió su brutal carcajada.

CAPÍTULO XIV

Debía haber transcurrido apenas media hora desde la muerte de «Araña» Kiss cuando se abrió silenciosamente la puerta de la habitación de la vieja Magda, que muchos años antes había amamantado a Ken Barton y a su hermano Jeff.

A pesar del silencio con que la puerta giró sobre sus goznes, la vieja Magda se dio cuenta de que alguien acababa de entrar.

Las aletas de su nariz vibraron un momento, sólo un momento, captando más intensamente el aire de la habitación.

—¿Eres tú, Ken?

—Sí, Magda.

—He oído disparos antes en los pasillos del hotel. Una auténtica batalla, Ken. ¿Qué ha sido?

—No lo sé. Yo nunca intervengo en peleas, Magda. Todo el mundo sabe que yo soy pacífico. Pero creo que alguien ha intentado asesinar a unas mujeres.

Los párpados de la vieja Magda subieron y bajaron un par de veces, aunque sus ojos continuaron espantosamente inmóviles.

—Yo también he oído algo, Ken.

—¿Qué has oído?

—Van a matar al hombre que ha salvado a esas dos mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Una ciega no tiene más que sus oídos y su tacto, Ken. Y oye cosas, susurros que a los otros les pasan inadvertidos. Hace un momento alguien lo contaba en voz baja junto a esta puerta. Debía haber visto en un saloon cómo sucedía todo. Según parece, alguien que se llamaba «Araña» Kiss contrató antes de morir a un hombre llamado Joss Grundall.

—¿Y qué?

—Yo he oído hablar mucho de Joss Grundall. Es una auténtica bestia con el cuchillo. He oído también hablar de la «Cruz Grundall». Hace saltar el corazón de su víctima de un solo tajo.

Ken Barton se mordió el labio inferior.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Contigo, no, pero sí con tu hermano Jeff.

—¿Por qué?

—Porque es tu hermano Jeff el que ha salvado a esas dos mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo él pudo hacerlo.

—¿Y crees que Joss Grundall vendrá a matarle?

—No hay duda. Ya debe estar buscándole por todos los rincones de la ciudad. Quizá se halle en este hotel mismo.

—Me gustaría advertir a mi hermano Jeff —susurró.

—Lo que debes procurar es que Joss no te confunda con él.

—No puede confundirme. Todo el mundo sabe que soy un hombre pacífico.

La vieja Magda alzó y bajó los párpados otra vez.

—¿A qué has venido?

—Sé que voy a morir, Magda. Desde que llegué aquí he estado viendo en la llanura los fantasmas de mi padre y de mi hermano. Sé que pronto se les unirá mi fantasma también, y los tres cabalgaremos para siempre en la llanura. Sé que voy a morir, Magda, y por eso lo he dispuesto todo para que vuelvas al rancho. Tienes que pasar tus últimos días allí, rodeada de comodidades Es lo menos que puedo hacer.

—¿Tienes miedo de que te mate Joss?

—No; él no me matará. Será otra persona.

En aquel momento se oyó un suave roce en el pasillo. Era algo casi imperceptible, como el ruido de un gran gato que avanzase poco a poco.

Barton tensó un momento los músculos del cuello. La vieja Magda inclinó la cabeza.

—Ya está ahí.

—¿Quién?

—Joss Grundall.

—Yo diría que no se ha oído nada…

—Pero los ciegos oímos mejor. Es Joss. Ya han debido decirle algo y está dispuesto a asestar su golpe. Dentro de unos instantes se abrirá la puerta.

Inclinó un poco la cabeza y añadió:

—No me daría miedo si se tratara de tu hermano Jeff, porque él manejaba muy bien el cuchillo. Tenía un golpe a la garganta que también le hizo famoso.

—Sí.

—Jeff podría con Joss Grundall. Si él estuviese aquí, la sangre de ese asesino regaría dentro de unos minutos esta habitación.

—Sí.

Barton contestaba sólo con monosílabos porque tenía la garganta seca.

De pronto, la mano de la vieja Magda se movió. Un cuchillo largo, un sangriento cuchillo mejicano de combate salió de entre sus ropas.

—Tómalo —musitó—. *¡Tómalo, Jeff!* Defiende tu vida.

El joven quedó un momento tenso, con los músculos de su garganta convertidos en cables de acero, mientras la boca se le secaba todavía más.

—¿Me has llamado Jeff? —musitó.

—¿Pues quién eres?

—Yo soy Ken Barton.

La vieja Magda sonrió dulcemente.

—No, Jeff, no engañarás a la mujer que te amamantó cuando eras niño, a la que te hizo las primeras caricias y jugó contigo los primeros juegos.

—¿Cuándo… lo notaste?

—La noche en que viniste a verme. Recuerdo que Jeff, cuando empezó a montar a caballo, se acostumbró a darse en las manos una grasa muy suave para así no herírselas con las riendas ni la cuerda. Luego no le hizo falta porque tenía las manos encallecidas, pero se había acostumbrado a aquella grasa y la usaba siempre. Tenía un olor especial y yo lo notaba. Aquella noche noté ese olor cuando viniste aquí como Jeff, y luego te lo habías quitado cuando entraste aquí como Ken. Sin duda querías tranquilizarme manifestándome el cariño de los dos hermanos. Pero olvidaste un pequeño detalle, Jeff. Tu hermano Ken siempre caminaba más aprisa y arrastraba

levísimamente un pie cada dos pasos. Tú, en cambio, siempre andas como los tejanos, con calma, con solemnidad, como un hombre que va contando los pasos para un desafío. Y luego la voz… Por mucho que intentaras desfigurarla, no engañabas a una ciega. No, Jeff… Tú has venido aquí a vengar a tu padre, y has querido rodearte de una leyenda de hombre pacífico. Pero a mí no me engañas; tú eres Jeff, el luchador. Y sé que ahora defenderás tu vida.

En aquel momento se abrió de golpe la puerta. Una figura gigantesca, encorvada, se recortó en el umbral. Era un auténtico gigante en cuya mano derecha brillaba un cuchillo.

¡Joss Grundall!

Jeff no se inmutó. Hizo un gesto suave y tomó el cuchillo mejicano de combate de las manos temblorosas de Magda.

—¿Quieres pelea, Joss?

—Sí, angelito. He recibido un encargo.

—¿Matarme?

—Exacto, angelito. ¡Qué listo eres! Tan listo que ha costado descubrir tu doble juego, pero ya está todo claro. Tú has liquidado a la banda de «Araña» Kiss y has salvado dos veces a esas mujeres… ¡Esas mujeres que terminarán siendo mías! Te habías puesto de acuerdo con un imbécil para que se vistiera de modo parecido al tuyo y se colocara junto a la ventana de un reservado para que todo el mundo creyera que estabas allí… ¡Pero tu juego ha terminado, Jeff Barton! ¡Reza, si sabes!

Jeff sonrió. Más que una sonrisa, sus labios dibujaron una mueca. Sus ojos grises eran ahora los de un asesino profesional.

—¿Sabes lo que tengo en la mano, Joss?

—Sí, un cuchillo.

—Es un cuchillo mejicano de degüello, Joss. A mí no me gustaría sentirlo en mi garganta.

Joss lanzó una carcajada.

—Ni a mí me gustaría sentir en el pecho el tajo de la «Cruz Grundall». ¡Vamos, muñeco! ¡Pelea!

Y Joss saltó de frente, buscando un tajo directo con su clásico estilo. Pues Joss Grundall era un cuchillero que jamás perdía un segundo. Pero Jeff saltó de costado y movió muy suavemente el brazo derecho. Una línea sangrienta se marcó en la muñeca del gigante, que lanzó un gruñido.

—Échese al suelo, Magda —aconsejó Barton con voz tensa—. Esto se pone serio. ¡Vamos! ¡Échese al suelo y no se mueva!

La ciega lo hizo sin vacilaciones, justo cuando Grundall atacaba otra vez.

El cuchillo rasgó ahora la camisa de Barton, produciendo en ella una línea sangrienta. De no ser por su asombrosa movilidad, allí mismo hubiera quedado consumada la «Cruz Grundall» y el corazón de Barton habría saltado al aire. Pero Joss tuvo que contentarse con un simple rasguño, mientras retrocedía a toda prisa para no perder el equilibrio.

Ahora atacó Jeff de flanco, no para tocar a su enemigo, sino sólo para arrinconarlo. Pero no consiguió su propósito porque Grundall atacó también. Los dos hombres dieron una rapidísima vuelta en el aire mientras sus cuchilladas se perdían como relámpagos de luz.

Joss, que era más alto, logró tocar tierra antes y levantó su pierna derecha con una rapidez fulminante. La puntera de su bota dio en el mentón de Barton, que cayó hacia atrás lanzando un grito gutural. Entonces, Joss Grundall se precipitó hacia delante blandiendo su cuchillo.

Perdido el equilibrio de su enemigo, la pelea ya no tenía color. La cuchillada decisiva iba a ser suya.

Barton logró desviar el cuello en el último instante, y la larga hoja de acero se clavó entre las tablas, aunque Joss se dio cuenta del peligro que corría y la desclavó en seguida. Mientras tanto, Barton, con una ágil pirueta, ya se había puesto en pie.

Los dos enemigos se enfrentaron de nuevo, pero ahora, sus ojos llameaban. Ambos se habían dado cuenta de que cada uno de ellos estaba frente a un campeón del cuchillo.

Se movieron ahora con cautela, dando vueltas por la reducida habitación, tanteando el terreno.

Jeff atacó ahora, haciendo una finta, pero al retroceder después de descolocar a su adversario, tropezó con el cuerpo de Magda.

Tuvo que hacer una pirueta para no caer, y ése fue el momento que aprovechó Joss Grundall.

Aullando, envió un tajo al pecho de su adversario, y hasta logró hacerle una pequeña fisura cerca del corazón, pero el antebrazo de Jeff detuvo toda la fuerza del golpe. Y entonces se movió su mano derecha.

La propia Magda gritó al ser salpicada por la sangre.

El cuchillo de degüello mejicano había ido a la garganta de Joss Grundall, seccionándola en dos partes. Joss aulló, cayendo de rodillas, mientras lanzaba otra inútil cuchillada al aire. Luego se dobló en dos, gimiendo y ahogándose en su propia sangre.

Barton dejó caer el cuchillo lentamente. Casi no se dio cuenta de que la vieja Magda se ponía en pie.

—Lo siento —dijo él con un soplo de voz. Siento haber manchado el suelo.

—Jeff… ¡Jeff! ¡Por Dios, contesta…! ¿Qué fue de tu hermano Ken?

—Lo mataron.

—¿Quién?

—La misma persona que mató a mi padre. La misma que va a matarme a mí.

Y se dirigió hacia la puerta.

La ciega susurró:

—Jeff…

—¿Qué?

—Te has equivocado con aquella mujer.

Jeff se estremeció imperceptiblemente.

—¿Con quién? —susurró, aunque ya sabía a qué persona se estaba refiriendo Magda.

—Esa chica llamada Sigrid, la que tu padre hizo traer para casarse con ella. Yo, ¿sabes? Conozco ya bien este hotel y camino por él con mis pasos silenciosos de ciega. Oigo muchas cosas, y he oído lo que hablaban ella y otra mujer llamada Lupe.

—¿Qué decían?

Otra vez Barton, vuelto de espaldas a la ciega, sentía que su garganta estaba espantosamente seca.

—Sigrid no es lo que aparenta. La mujerzuela es Lupe, aunque ella no tiene la culpa. Ambas son algo así como hermanastras. Y Sigrid tomó el papel de Lupe para resarcir a ésta de una injusticia que su padre cometió con ella.

—Explícate mejor…

Y la vieja Magda hizo a Barton un resumen de la conversación que antes había escuchado. Mientras la escuchaba, una mueca amarga y crispada se iba dibujando en los labios del hombre.

Luego él susurró:

—Adiós, Magda. Pronto vendrá Holmes a recogerte para llevarte al rancho.

—Y tú… ¿Adonde vas tú, hijo mío?

—Tengo una cita… desde hace mucho tiempo.

Barton descendió pesadamente las escaleras, sin darse cuenta de que la ciega iba a tientas hacia la habitación donde aún se encontraban Lupe y Sigrid.

Cuando salió a la calle, que ahora estaba poderosamente iluminada y llena de gente, Barton se dio cuenta de que iba a morir.

Porque ya la muerte le estaba aguardando en el centro de esa calle, frente al porche del hotel.

* * *

Susan, la mujer que él había encontrado en el Banco cuando fue allí con Lupe, estaba ahora vestida de hombre. Llevaba unos pantalones tejanos, unas botas vaqueras y una cazadora de piel. También llevaba un rifle de repetición, el mismo con el que, la noche antes, le había disparado sin alcanzarle desde la pared frontera.

Susan ya tenía el dedo en el gatillo.

—Tú eres el único que aún queda vivo, Barton —dijo con voz clara—. ¿Por qué no sacas el revólver y defiendes tu vida?

Barton tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

No tocó su «Colt».

CAPÍTULO XV

Los ojos de los espectadores se habían vuelto vidriosos. No se oía en toda la larga calle principal de Grants Pass ni el vuelo de una mosca.

Sólo se oyó la voz de Jeff Barton cuando dijo lentamente:

—Tú conociste a mi hermano Ken hace tres años, Susan. No eres más que una mujerzuela de los barrios bajos de Nueva York. ¿Con quién vivías entonces, Susan?

Ella torció los labios en una mueca.

—Me mantenía un hombre llamado Guss.

—Guss era un truhán… Sí, oí hablar de él. Os habíais juntado dos buenas ratas de alcantarilla, delicada Susan… Pero cuando conociste a mi hermano Ken, abandonaste a Guss. Ken era un pobre muchacho, un ingenuo al que se podía explotar. Cayó en tus brazos como un niño.

Ella no negó. Sólo sus labios formaban un dibujo más rígido, mientras se tensaban las manos que sostenían el rifle.

—Ken tenía dinero, pues nuestro padre le enviaba elevadas sumas y él apenas gastaba nada. Todos sus ahorros los había depositado en un Banco de Chicago con ánimo de transmitirlos a una asociación benéfica. Tú te aliaste con una cuadrilla de cuatro granujas y llevasteis a Ken allí. Apenas había sacado sus ahorros, creyendo vuestros engaños, cuando lo asesinasteis para robarlo y huisteis hacia el Oeste.

Susan despegó los labios para decir:

—Pero quedabas tú…

—Sí. En el Oeste quedaba yo, el vagabundo Jeff Barton, el que nunca había querido hacer nada serio, pero no tenía tampoco las manos manchadas de sangre. Yo me enteré de lo sucedido, regresé a

Harvard, ocupé el puesto de mi hermano muerto y escribí a mi padre como si yo fuese Ken, para que no tuviera el disgusto de saber que su hijo predilecto había muerto. Luego dejé unas cuantas cartas para que las fueran echando al correo a razón de una por mes y me dediqué a vagar por el Oeste en persecución vuestra, Susan. Allí fue donde empezó a nacer la leyenda de Jeff Barton.

—Liquidaste a los cuatro hombres, uno de los cuales se había casado ya conmigo —dijo ella con sorda rabia, masticando las palabras—. Sólo quedaba yo.

—Sí, Susan, sólo quedabas tú. Tú, la que habías matado a mi hermano y la que asesinaste a mi padre sólo para hundirme aún más a mí en la desesperación. Sabía que íbamos a encontrarnos, Susan, y cuando la otra noche disparaste contra mí con ese mismo rifle no me sorprendí. Ahora ha llegado el momento.

—¡Ha llegado el momento de que defiendas tu vida, Barton! ¡Aquí no hay *sheriff*, pero aunque lo hubiera esto es un duelo legal! ¡Vamos, muévete!

Barton no se movió. En sus labios flotaba una triste sonrisa.

—Para salvar mi vida tendría que destruir la tuya, Susan, y yo jamás mataré a una mujer. Por tu culpa odié a todas las que eran como tú, a todas las que vivían de los hombres, y confundiéndola con una como tú he estado a punto de dejar que mataran a una pobre muchacha. Menos mal que me arrepentí a tiempo y la salvé, pero en el primer momento, cuando la traje a Grants Pass, deseaba que muriera… ¡Sólo por tu culpa, maldita Susan! Pero, a pesar de todo, yo no levantaré mi revólver contra una mujer.

El silencio se había hecho espantoso en la calle. Todos contenían la respiración. Nadie movía un dedo.

Susan apuntó, sin que Barton se moviera ni desapareciese de sus labios aquella amarga sonrisa.

Aquello no era ya un asesinato. Era una ejecución en regla.

Susan, con los labios contraídos, apretó el gatillo.

Y la mujer, aullando, se llevó las manos a la cabeza, de donde acababa de brotar un manantial de sangre, mientras arriba, en una de las ventanas del hotel, Sigrid lanzaba un sollozo y dejaba caer al suelo un rifle humeante…

Barton, que había sentido la bala del rifle aullar junto a su cabeza, miró hacia allí con los ojos húmedos.

La multitud prorrumpió en alaridos. Alaridos de asombro, de bestialidad, de júbilo. Pero Jeff Barton no se movió.

Por encima de todos aquellos gritos parecía oír las lejanas palabras de Sigrid. Y ver a lo lejos las sombras de dos fantasmas flotando sobre la llanura.

EPÍLOGO

El notario carraspeó, mientras desdoblaba una carpeta llena de documentos.

Miró a Lupe, a Sigrid y a Jeff Barton, que estaban sentados frente a él, en su despacho, y pensó que dos mujeres como aquéllas sólo las veía uno en sueños y después de una buena noche de borrachera. Pero como el notario se emborrachaba en secreto, procuró que esas emociones no se le notaran en el brillo de sus ojos.

—¡Ejem! —volvió a carraspear—. Si no he entendido mal, señor Barton, usted y la señorita Sigrid han decidido casarse.

Sigrid y Jeff tenían las manos unidas.

—Sí —dijo él con voz firme.

—Y como su padre de usted le había desheredado, sólo tiene derecho a una pequeña porción en el rancho, la cual deja a la señorita Lupe, aquí presente, con la única condición de que se case con un hombre honrado y rehaga su vida. ¿No es así?

—Así es, exactamente.

—Bueno, pues ya tengo las correspondientes escrituras redactadas y solo falta firmarlas… Aunque hay un pequeño detalle. Su padre de usted, señor Barton, dejó una carta para que yo la leyese llegado este momento. Aquí la tengo.

—¿Una carta? —susurró Jeff.

—Sí, señor, y como mi obligación es leerla, voy a hacerlo. —Rasgó el sobre, pasó sus ojos por encima de las líneas y de pronto su rostro palideció—. Va dirigida a Jeff Barton…

—¿A… mí?

—Sí. Y dice sencillamente:

«Querido hijo Jeff:

Sólo tengo una cosa que decirte: ¡Bravo! Gracias por haber vengado a tu hermano. Gracias, también, por tu compasión hacia mí, pero tus cartas no me engañaron. Supe siempre que el que vendría a mis funerales sería Jeff, no Ken. Y ahora, muchacho, perdona la farsa que he tenido que montar para que la gente no se enterase de que Ken había muerto. Lo hice para no destruir tu compasiva mentira. Mi testamento, como es natural, queda anulado y tú eres el único heredero de “Rancho Barton”. En cuanto a aquella pobre chica a la que quise dar un porvenir, si te parece cuida de ella.

Gracias, hijo».

El notario, con la boca aún abierta, dejó caer la carta sobre la mesa al terminar de leerla.

—Bueno, señor Barton… Resulta que de todos modos el rancho es suyo. ¿Y la parte de la señorita Lupe?

—Sigue perteneciéndole —dijo el joven con un soplo de voz.

—En cuanto a esa que su padre llamó «pobre chica»… ¿Va usted a cuidar de ella, señor Barton?

El notario ya no obtuvo respuesta.

Vio que los dos se estaban mirando a los ojos, y que esos ojos estaban húmedos por la emoción.

Carraspeó otra vez y cerró la carpeta.

Aquella noche iba a emborracharse, ¡qué cuernos! Iba a emborracharse en público por primera vez en su vida.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain